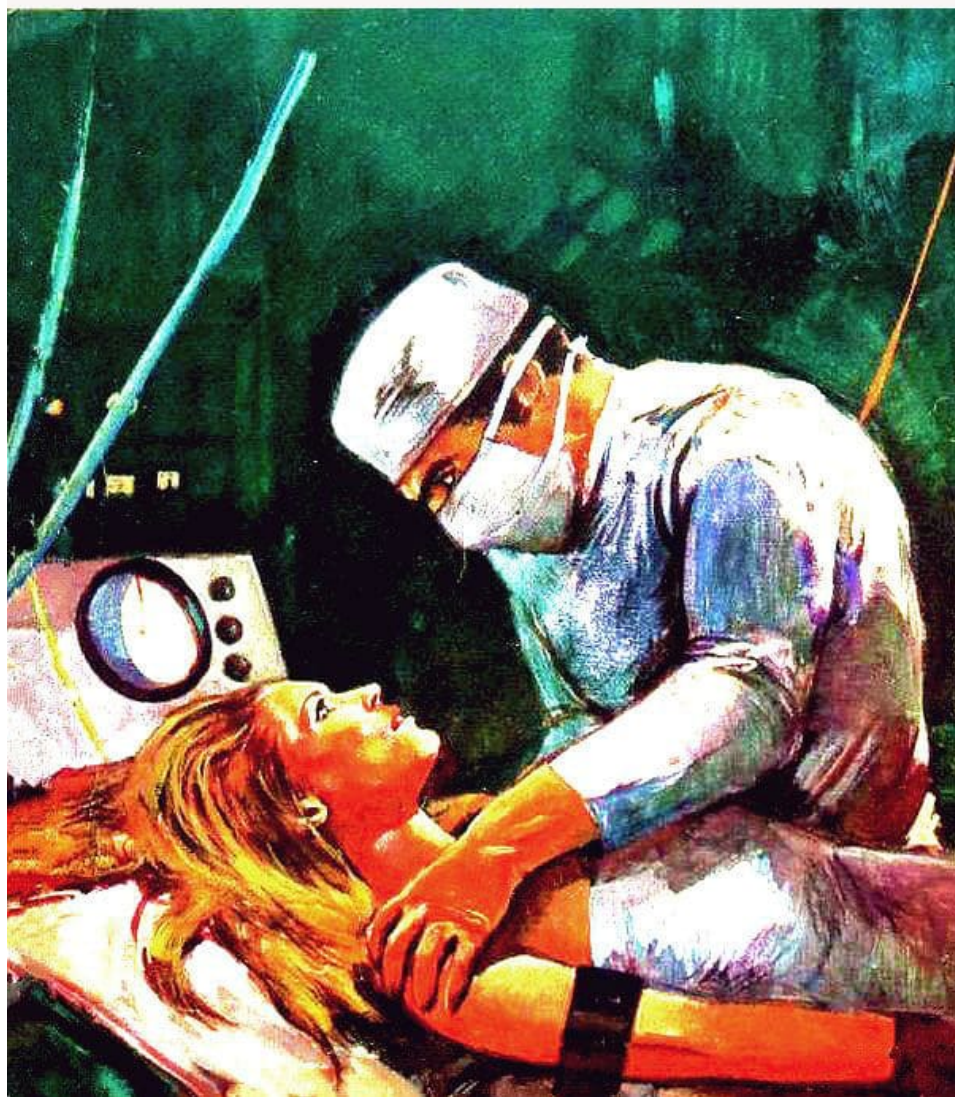




carta de un traidor

KEITH LUGER



Raymond Duc, agente del Deuxième Bureau, se sintió observado por su jefe, el viejo gruñón.

—¿Cómo está, señor Duc?

—Muy bien —sonrió éste protocolariamente, balanceándose sobre los pies.

—¿A quién quiere engañar?

—¿Cómo?

—Usted está mal, muy mal...

También publicada por Editorial Bruguera en la colección Archivo Secreto con el número 38, en el año 1964.



Keith Luger

Carta de un traidor

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1297

ePub r1.0

Lds 19.07.18

Título original: *Carta de un traidor*

Keith Luger, 1964

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Raymond Duc, agente del Deuxième Bureau, se sintió observado por su jefe, el viejo gruñón.

—¿Cómo está, señor Duc?

—Muy bien —sonrió éste protocolariamente, balanceándose sobre los pies.

—¿A quién quiere engañar?

—¿Cómo?

—Usted está mal, muy mal...

El jefe apartó de un manotazo un libro que había en la mesa y atrapó unos papeles.

—Aquí tengo sus análisis de sangre, de orina, de saliva... En ninguno de ellos da el índice exigido a un agente del Deuxième Bureau.

—¿Cómo es posible, señor?

—Claro que lo es, teniendo en cuenta la clase de vida que lleva usted. ¿Se ha mirado en un espejo esta mañana?

—Sí, señor, al peinarme.

—¿No se vio las ojeras?

—¿Ojeras, señor?

—Eso he dicho. ¡Ojeras...! ¿Y qué me dice de su peso? Ha adelgazado tres kilos desde el último examen.

—Señor, debo recordarle que hice mucho ejercicio buscando aquel mono calvo en que habían guardado los planos.

—No me recuerde ese caso. Forma parte del pasado del Departamento, y, súpalo de una vez. A mí sólo me importa el presente y el futuro de esta oficina y del personal que está a mis órdenes. Usted sabe tan perfectamente como yo que dependemos del primer ministro. Formamos la fuerza de choque del

contraespionaje... Sí, amigo mío, somos realmente como... como...

—¿Quizá como un servicio de bomberos siempre dispuesto a hacer frente a cualquier emergencia?

El viejo quedó con la boca abierta, arrugando la nariz.

—¿De dónde sacó esa condenada comparación?

—Apagamos el fuego allá donde se produce.

—¿Yo un bombero...?

Raymond se imaginó al jefe con el casco, las botas, un hacha en la mano, y miró al techo diciendo:

—No, señor, no, no somos bomberos...

—¿Lo ve usted? Ni siquiera su imaginación es tan brillante como antes. Lo cual viene a corroborar el examen del psiquiatra. Óigalo si gusta, señor Duc... —El viejo carraspeó suavemente y leyó en voz alta el contenido de uno de los papeles—: «Tras los test realizados con el sujeto, llegamos a la conclusión de que usa su capacidad intelectual de un modo tergiversado y sin eficacia lógica cuando hace regresar hacia las creaciones de su imaginación ideas delirantes y alucinaciones». —¿Cómo ha dicho, señor?

—¡Ideas delirantes y alucinaciones...! Pero todavía hay más, señor agente. Escuche esto: «El sujeto trata de olvidar sus fracasos y de huir parcialmente de sus recuerdos...». —¿Fracasos, señor? Hasta ahora logré sólo éxitos en las misiones que me confió... Según mi expediente...

—Conozco bien su expediente, pero esos fracasos no se refieren a sus misiones, sino a los otros.

—¿A los otros?

—A las mujeres, hombre.

—¿A las mujeres?

—Sí, señor Duc, esos seres con entendimiento largo y melena corta... Quise decir entendimiento corto y melena larga.

—Debo puntualizar algo a ese respecto, jefe.

—Puntualice, Raymond, puntualice, estamos en el momento de las confidencias.

—He triunfado también en esas misiones. Perdona que sea tan inmodesto, jefe, pero las mujeres se me dan bárbaro.

—Bárbaro, ¿eh?

—Sí, señor.

—No le creo una palabra. Usted es un fanfarrón. Y lo dice

también el psiquiatra —el jefe sonrió de dientes a fuera—. Escuche esto: «El sujeto también desarrolla una gran capacidad para atribuirse condiciones de un donjuán. Preguntado hábilmente por el doctor que suscribe, confesó haber tenido relaciones en tres meses, con doscientas setenta y siete mujeres».

El viejo arrojó el papel sobre la mesa y estrelló el puño contra la mesa.

—¿Doscientas setenta y siete mujeres y no quiere tener ojeras?

—Señor, yo no llevo la cuenta, pero aseguraría que no son tantas.

—Lo confesó al psiquiatra, lo confesó... Tiene más confianza con un médico que con su propio jefe —bajó un poco la voz agregando confidencialmente—: Infiernos, Raymond, ¿cómo lo logra?

—Yo le aseguro que...

En aquel momento sonó la campanilla del teléfono.

El viejo gruñón atrapó el auricular.

—¡Diga! —Ladró por el micro.

—Perdón, le llaman del Departamento de Psiquiatría, doctor Hugues Audret... Se ha cometido una lamentable confusión, señor...

—¿A qué confusión se refiere?

—Hubo un traspapeleo. Se le envió un diagnóstico con respecto al agente Raymond Duc.

—Sí, ahora lo tengo en la mano.

—Lo que se dice ahí, no corresponde al agente Raymond Duc.

—¿No?

—No, señor. Se refiere a un esquizofrénico... Disculpe, es un sobrino de mi mujer que me trajeron del pueblo. Verá, el muchacho...

—¡No me interesa el muchacho! ¿Qué me dice del agente?

—A propósito de él, no he conocido una persona más sana mentalmente en todos los días de mi vida.

—Doctor Audret, le recuerdo que yo pasé hace tres días por sus manos.

—A propósito, señor, hablándole en confianza...

—¡No quiero confianzas! —contestó el viejo y colgó.

Se dio cuenta de que Duc lo estaba mirando y le sonrió.

—El psiquiatra quería extenderse sobre su caso, pero ya me dijo bastante para completar mi juicio, teniendo en cuenta los análisis

de los otros especialistas... Agente Duc, usted necesita un descanso. Pasará una temporada en el campo. —¿Qué quiere decir, señor?

—Que le voy a dar de baja en el servicio.

—Pero, señor... Puede someterme a un examen si gusta. ¿Quiere que le haga el ejercicio A. C.?, ¿o el 3 H. R.?

—No, señor Duc, quiero que haga otro.

—¿Cuál, señor?

—Sabía que querría demostrarme su sabiduría. Tiéndase en el suelo.

—Sí, señor.

Raymond se tendió en la alfombra.

Oyó los pasos del viejo y lo vio aparecer provisto de una cuerda.

—Relájese, señor Duc.

—Sí, señor. Ya estoy relajado.

El viejo se puso de rodillas en el suelo y trabó los tobillos de Raymond. Luego, con la misma cuerda, le rodeó varias veces el cuerpo, le pasó el lazo por el cuello, le dio vueltas por los brazos y, para terminar, le aseguró las muñecas haciendo un nudo.

Se levantó dejando a Duc convertido en un paquete.

—Señor Duc, tiene usted cinco minutos para desliarse. Y por si lo ha olvidado, sepa que éste es el ejercicio que yo aconsejé a nuestros profesores de gimnasia y que bauticé con el nombre de «Houdini». Recuérdelo, cinco minutos.

El viejo se dirigió a una habitación adyacente, tomó un vaso de agua y lo llenó. Abrió un botiquín, de donde extrajo una de sus píldoras para el estómago. Tragó la pastilla con un buche de agua y salió del despacho.

Se detuvo de pronto, al ver a Raymond de pie, al otro lado de la mesa, fumando un cigarrillo.

La cuerda estaba en la alfombra.

—Perdone, señor, creo que me entretuve demasiado, un minuto cincuenta y siete segundos...

Al viejo se le cayó el vaso de agua. Cerró los puños y, andando rápidamente, volvió a sentarse tras su mesa.

—Necesita descanso.

—Pero, señor, si acabo de demostrarle...

—¡Qué necesita descanso! Ese ejercicio no se puede hacer en

menos de cinco minutos, lo cual prueba que existe un desequilibrio en su sistema nervioso... ¿Se da cuenta de que eso podría ser fatal para nuestro trabajo? ¿Pasará una semana en el campo?

—¿Ha dicho en el campo?

—Sí, señor. Pero escuche bien. A solas.

—Sí, señor. Iré a casa de una prima mía.

—¿Qué edad tiene su prima?

—Treinta y cinco años, señor.

—Descartada su prima. Y no hace falta que busque el lugar de su descanso. Yo me he tomado esa molestia.

—¿Usted?

—Sí, agente Duc. El primer ministro, en cierta ocasión, me dijo que yo me preocupaba de mis hombres como una gallina de sus polluelos. ¡Y era una condenada verdad, vive Dios! Usted irá a Chanteclair.

—Chanteclair, señor. ¿Qué es eso?

—¿Qué le inspira el nombre de Chanteclair?

—Es muy poético... Imagino que será el nombre de un pueblo.

—Sí, señor Duc, es un pueblo, mejor diría una aldea, cerca de Périgueux.

Duc se volvió hacia el mapa de Francia que había en la pared.

—No busque ahí porque Chanteclair no está siquiera en el mapa.

—¿Quizá lo hicieron desaparecer en la guerra, señor?

—No, no es eso. Chanteclair es una aldea con unos ciento cincuenta habitantes. Tendrá que ir a Périgueux, luego tomar la carretera que se dirige a Toyac, en el río Vézère...

—Pero, señor, ¿por qué ir tan lejos si hay unos balnearios cercanos a París...?

—¡Silencio, agente Duc! He dicho que irá y reposará en Chanteclair. La dirección exacta es Posada del Caballo Blanco y el nombre de su patrón François Bourrat. Utilice su auto para viajar.

—Sí, señor.

—He tomado medidas para tener la seguridad de que usted va a Chanteclair.

—¿A qué medidas se refiere, señor?

—En primer lugar, escribí una carta a mi amigo Bourrat anunciándole su llegada para mañana... Y en segundo término, el

señor Bourrat me hará una llamada telefónica para decirme que llegó usted sano y salvo.

—¿Cuánto tiempo he de permanecer en Chanteclair?

—Quince días. Creo que con eso será suficiente para que se recupere físicamente, y pueda escapar del lazo «Houdini», en cinco minutos, y no en uno y cincuenta y siete segundos. Y le advierto que, en cuanto regrese al Departamento, será sometido de nuevo a análisis, aunque esta vez prescindiremos del psiquiatra. Puede marcharse.

—Sí, señor.

Raymond hizo un saludo con la mano y se dirigió hacia la puerta.

—Agente Duc.

—Diga, señor.

—Buen viaje.

—Gracias, jefe, es usted muy amable.

En la habitación adyacente, Monique Duval la secretaria del viejo, se estaba pintando los labios.

—¿Qué te pasó con «él», querido?

—Nada.

—Se diría que te has tragado un arenque.

Raymond se sentó en el borde de la mesa y encendió un cigarrillo. Mientras arrojaba el humo, dijo:

—Nena, ¿te gustaría pasar un fin de semana en el campo? —
¿Contigo, Raymond?

—Desde luego.

—¡Oh, sí, Raymond! —contestó Monique, el rostro inundado por una sonrisa de felicidad.

—Verás, yo te esperaré allí y tú vienes mañana.

La voz del viejo sonó por el interfono:

—¡Agente Duc!

—Diga, señor.

—Le prohíbo que comunique a cualquier persona el lugar donde se dirige. ¡Asunto secreto!

Raymond saltó de la mesa e hizo una mueca de tristeza.

—Al menos, espero que haya truchas-hembra en el río...

CAPÍTULO II

Raymond Duc estaba tendido en la cama de su habitación de la posada del Caballo Blanco.

Había llegado aquella mañana a Chanteclaire.

François Bourrat había demostrado ser un hombre muy seco, poco hablador. No se inmutó cuando Duc estuvo a punto de matarle un par de gallinas con su coche, entre las docenas que picoteaban alrededor de la posada. Ésta era un edificio de piedra marrón construido tres o cuatro siglos antes y que, en el transcurso del tiempo, sus dueños habían ido apuntalando para que no se terminase de desmoronar.

Allí sólo vivían tres personas. François Bourrat, su esposa, una mujer de unos cuarenta y cinco años que parecía tener ya sesenta, y una criada delgada, sin ningún encanto femenino, y que además era sordomuda.

Sí, su jefe le había elegido un buen lugar para hacer reposo.

Por otra parte, la aldea quedaba a unos nueve kilómetros de la posada y, cuando Raymond pasó por las calles las encontró desiertas, con algunos cerdos y aves de corral correteando de un lado a otro.

Sólo le quedaba la caña de pescar.

Eso es lo que haría, irse al río. Al menos llenaría los pulmones de puro oxígeno.

Abajo, vio a la mujer de Bourrat y a la criada sordomuda que estaban amasando.

Fuera, François estaba sacando agua de un pozo.

—¿Cuál es el camino del río, François?

—Siga por ahí —señaló un sendero que se perdía por entre los matorrales.

—Gracias.

—Ah, señor Duc, su jefe me explica en su carta que usted está acostumbrado a dormir muy pronto. Eso está de acuerdo con nuestras costumbres, comemos a las siete y a las ocho estamos ya en la cama.

—Lo celebro mucho —repuso Raymond con voz desprovista de entusiasmo y continuó por el sendero.

El río resultó estar demasiado lejos. Ya había andado dos kilómetros y todavía no había llegado a él.

De pronto, a la salida de una curva vio un castillo sobre una colina. Parecía un castillo de uno de aquellos cuentos que había leído en su niñez.

Por un momento, creyó ver caballerías con armadura cabalgando hacia el castillo y a una dama, en una de las almenas agitando un pañuelo blanco. Siempre había sentido predilección por la Edad Media y, en sus estudios de Historia, eligió como tema la época feudal, en que los caballeros luchaban por el honor de una mujer, de acuerdo con las reglas de un código.

Y justamente había ido a elegir una profesión en que la lucha que debía mantener con sus enemigos no estaba sujeta a reglas, salvo a la de la supervivencia del más apto, en que imperaba, por encima de todo, el instinto de conservación.

Por fin llegó al río. Preparó los bártulos de pesca y tiró el anzuelo al agua.

Se cansó de esperar con la caña en la mano y tendióse en la fresca hierba.

También se cansó de estar así y dejó a un lado la caña metiéndola bajo una piedra.

Otra vez su imaginación retrocedió hacia el siglo XIV y emprendió cabalgadas con Amadís de Gaula, con dos Tristán de Leonis, con Roberto el Diablo...

En un momento determinado oyó una voz:

«Habéis mancillado el honor de mi dama y por ello os desafío a combate singular. Pongo a los cielos por testigo de que la mancha será lavada...». De pronto sonaron unos aplausos.

Se incorporó al darse cuenta de que él había dicho todo aquello en voz alta. A la otra orilla del estrecho río descubrió una dama. Era ella quien aplaudía.

Raymond creyó estar soñando. Era una rubia de belleza fascinante, arrebatadora, esbelta. Se cubría con blusa blanca y falda gris acero.

—Caballero —la oyó decir—. Vuestro arrojo es maravilloso, pero si lográis vencer a don Childeberto, no habréis logrado desencantarme, ya que un dragón de siete cabezas me tiene prisionera en su cueva.

—Decidme señora, dónde está esa cueva y el dragón no tendrá bastante con siete cabezas para seguir viviendo.

—Cerrad los ojos y os lo diré, ya que si pronunciase mis palabras con vuestros ojos abiertos, seríais convertido en un montón de cenizas, de acuerdo con la maldición del mago Merlín.

Duc cerró los ojos.

—Hablad ya, señora, hablad...

Pero de la otra parte no le llegó respuesta.

Abrió los ojos y allí no estaba ya la rubia.

—Eh, usted, ¿dónde se ha metido? ¿Me oye?

Raymond saltó al agua que le llegó casi hasta las rodillas. Se internó en la corriente.

Resbaló en una de las piedras y cayó mojándose hasta el cabello.

Se levantó chorreando, soltando maldiciones, aunque calló enseguida recordando que un caballero no debía decir aquellas palabrotas. Llegó a la parte donde había visto a la rubia. Más allá estaban los matorrales. Se acercó buscando un sendero pero no vio ninguno. Trató de abrirse paso por los arbustos pero las ramas de las zarzamoras rasgaron su pantalón, su camisa, le hirieron la piel... Tuvo que retroceder pero siguió buscando el camino que le abriese paso por la maleza salvaje.

—Eh, oiga, ¿dónde se ha escondido?

Siguió avanzando hacia arriba. La tierra por allí era blanda y, sin embargo, no encontraba la huella dejada por la rubia.

Continuó ascendiendo por el río y de pronto vio alzarse el castillo mucho más cerca que antes.

La aparición lo detuvo en su carrera. Quedóse quieto respirando jadeante. Finalmente continuó su camino. Cruzó otra vez el río y siguió andando hacia el edificio.

Cuatro buitres trazaban círculos sobre la más alta almena.

Al llegar al foso vio que estaba seco, con muchas piedras y hasta

rocas de gran tamaño arrojadas allí siglos atrás.

Había un puente que conducía a la entrada principal, la cual carecía de rastrillo y contaba con un portón de madera reforzado con clavos de hierro, de enorme cabeza.

A la derecha descubrió un badajo, una cadena que colgaba y cuyo extremo desaparecía al otro lado de la puerta.

Tiró de él y dentro se produjo un campanileo que duró mucho rato.

Nadie le abrió la puerta.

Tiró otra vez con el mismo resultado.

Entonces se retiró del castillo.

Bueno, ¿qué estaba haciendo? ¿Qué esperaba? ¿Cómo sabía que la rubia vivía allí?

Una persona le podría informar acerca de la mujer que había conocido en el río, François.

Emprendió el regreso a la posada.

Vio a François que venía de las porquerizas, donde criaba muchos cerdos.

—¿Pescó algo, señor Duc?

—No, nada, pero conocí a una mujer.

—¿Una mujer?

—Una rubia de unos veinticuatro o veinticinco años, ojos azules, muy bella, que se cubría con una blusa blanca y falda gris.

—Perdone, pero no conozco a esa mujer —fue a continuar andando.

—Espere un momento, François. ¿Quién habita el castillo?

—¿El castillo, señor?

—Sí, y no me diga que tampoco lo conoce. Por si usted no lo ha visto, se alza a unos siete kilómetros de aquí, sobre una colina.

—¿Cómo no lo voy a conocer, señor? Es el castillo de Chanteclair.

—¿Quién habita en él?

—El doctor Charles Renard.

—¿Quién es ese doctor?

—Un hombre que se ha dedicado al estudio de la ciencia.

—¿Qué clase de ciencia?

—No lo sé, señor. Veo muy poco al doctor Renard, siempre está en el castillo.

—¿Quién vive con él?

—Su esposa.

—¿La rubia?

—No, señor, la señora de Renard es morena.

—Entonces la rubia es la hija de Renard.

—No hay ninguna hija, señor Duc. El matrimonio Renard no tiene descendencia.

Tampoco puede ser una criada porque sólo tienen allí a un hombre, a André.

—¿Un solo criado para toda esa mansión?

—La mayoría de las habitaciones están cerradas. El matrimonio Renard necesita poco espacio para vivir allí.

—François, estuve en el castillo, hice sonar la campana del portón y nadie me abrió. —Eso es lógico.

—¿Por qué es lógico?

—El doctor Renard y su esposa no reciben a nadie.

—¿Y cómo sabían que yo era un visitante extraño y no un proveedor?

—Allí no va ningún proveedor. André les hace dos o tres viajes al mes a Périgueux y se trae todo lo necesario.

—Me parece que son un poco misteriosos esos Renard.

—Todos los que vivimos en esta comarca opinamos lo mismo respecto a la forma de vivir de cada uno, dejamos tranquila a la gente y queremos que nos dejen tranquilos. No nos gustan las preguntas. Con su permiso, señor Duc, tengo mucho que hacer en la casa. Éste vio marchar a François y se quedó pensativo.

La rubia podía ser una viajera, alguien que estaba de paso. Debíó descubrir el castillo a lo lejos y decidió verlo de cerca. Finalmente, había regresado a su auto y en aquellos momentos estaba muy lejos de allí. Así de sencillo había sido todo.

Pero él pertenecía al Deuxième Bureau, al servicio de contraespionaje, y estaba acostumbrado a que las cosas que se ofrecían a sus ojos fuesen más complejas de lo que aparentemente lo eran.

Recordó entonces que había dejado la caña en el río, pero ahora no iba a volver por ella. Regresaría al día siguiente y quizá con un poco de suerte encontraría en el anzuelo una trucha.

CAPÍTULO III

La criada sordomuda le entró el desayuno.

Duc le dio las gracias, aunque no lo podía oír, y la criada se retiró.

Mientras despachaba el café con leche y el bollo, Raymond se preguntó si tendría paciencia para soportar allí otros catorce días.

Podía imaginar la cara de su jefe si éste llegaba a enterarse de que se había largado de Chanteclair. Consideraba al viejo gruñón muy capaz de apartarlo de la sección y destinarlo al trabajo de oficinas, y eso era algo que no estaba dispuesto a soportar.

Bajó de su habitación con ánimo de dirigirse al río para recoger su caña.

Oyó voces fuera al llegar a la puerta.

François estaba hablando con un hombre de unos cincuenta años, bien vestido, robusto, de cara ancha, ojos que brillaban mucho.

—Siga por esa carretera, señor —decía François—. Llegará al castillo enseguida.

—Gracias, amigo.

El hombre se metió en un automóvil americano y desapareció por la carretera, dejando tras de sí una ola de polvo.

—¿Quién era, François? —preguntó Raymond.

—No le vi nunca por aquí.

—¿Para qué quería ir al castillo?

—No me lo dijo, señor, y yo tampoco se lo pregunté —contestó François, encaminándose hacia las porquerizas.

Ray encontró su caña y el anzuelo metido en el agua no había ninguna trucha.

Naturalmente, había desaparecido el cebo.

Pensó en la rubia y trató de imaginársela tal como la había visto en la otra orilla.

Sí, era muy bella y atractiva, pero seguro que ahora la hermosa estaría a muchos centenares de kilómetros de aquel lugar.

Se tendió en el suelo.

¿Y si aquella mujer hubiese sido encantada por el mago Merlín? En ese caso, bastaría repetir las palabras que él había dicho para que volviese. Pero ¿qué infiernos estaba pensando? Si el viejo conociese sus pensamientos, ordenaría que se pusiese a las órdenes inmediatas del psiquiatra.

Bueno, pero el viejo no estaba allí... ¿Por qué no probar?

Se tendió en la hierba, cerró los ojos y dijo:

—Habéis mancillado el honor de mi dama, y por ello os desafío a combate singular.

Pongo a los cielos por testigo de que la mancha será lavada.

Oyó un grito.

Sí, eso había sido: un grito.

Se incorporó, pero en la otra orilla no había nadie.

Unos arbustos se movieron a la izquierda.

—¡Señorita! —gritó.

Los arbustos dejaron de moverse.

¿Cómo era tan estúpido? Debía ser un animal. Por aquel lugar sólo había sitio para eso, para animales salvajes.

Ahora oyó un gemido.

Estuvo dispuesto a apostar a que había brotado de una garganta humana.

—Señorita, ¿está ahí?

Tampoco le llegó respuesta.

Se metió en el agua con cuidado porque ahora conocía la profundidad del río.

Pasó al otro lado y caminó con largas zancadas hacia el lugar donde había visto moverse los arbustos.

Se detuvo sintiendo que la sangre se le helaba en las venas. Sí, era un ser humano lo que había tendido en el suelo, pero no era la rubia, sino un hombre.

Tenía una herida en el pecho. Le bastó verla para saber que había sido producida por arma blanca.

Se agachó sobre el herido y le puso la mano en el corazón. Sólo

estaba desmayado.

Corrió al río y mojó su pañuelo en el agua.

Mojó la cara del hombre, el cual volvió en sí.

—El castillo... —dijo.

—¿Quién es usted? ¿Qué le pasó?

—Doctor Renard... El castillo... Me hirieron...

Dobló la cabeza y dejó escapar un chorro de sangre por la boca abierta.

Aquel hombre había muerto.

Le registró los bolsillos y encontró una cartera que contenía doscientos francos y un pasaporte expedido en Italia a nombre de Arnoldo Longaroni.

Observó, una vez más, la cara de aquel hombre. Frisaría por los cuarenta y cinco años de edad y era de piel muy morena, cejas negras, nariz aguileña.

Así que el doctor Renard era un hombre de ciencia que vivía con su esposa y un criado y no quería ver a la gente... Ahora lo verían a él.

Cuando llegó al castillo encontró el portón como lo había visto el día anterior.

Hizo sonar la campanilla con fuerza.

Al cabo de unos minutos de espera y cuando iba a tocar otra vez la campanilla, le abrió la puerta un hombre calvo, de mejillas hundidas.

—¿Qué desea, señor?

—Usted debe ser André, el criado del señor Renard.

—Sí, señor.

Duc pasó dentro.

—Perdone, señor, pero no puede entrar aquí.

—Te apuesto a que sí.

—Bueno, ya está dentro, pero tendrá que salir.

—Dile al doctor Renard que quiero hablar con él. Mi nombre es Raymond Duc. —Lo siento, señor Duc, pero el doctor Renard no recibe.

—A mí me va a recibir.

—El doctor ordenó que no se le molestase.

—Oye, muchacho, encontré a un hombre herido. Murió en mi presencia, pero antes de marcharse al otro mundo, me dijo que

había sido herido aquí.

—No comprendo.

—Tu amo comprenderá bien. Anda, trota delante de mí si no quieres que entre sólo en el castillo.

El criado dejó de titubear y empezó a cruzar el patio, yendo Raymond detrás.

Subieron una escalera y entraron por una puerta que estaba abierta.

Duc se encontró en un amplio vestíbulo adornado con armaduras y cuadros históricos en los que el tiempo había dejado su huella, manoplas en las que se exhibían espadas, dagas y hasta alfanjes. Al fondo, entre dos armaduras, se iniciaba una escalera de piedra que conducía al piso alto.

—Espere aquí, señor Duc.

El criado se dirigió hacia una pesada e historiada puerta, la cual abrió desapareciendo en el interior de la habitación.

Duc tuvo que esperar muy poco tiempo. El criado reapareció e hizo una reverencia.

—La señora Renard ha consentido en recibirle, señor Duc.

—Gracias, muchacho —dijo Raymond, y entró en la habitación.

No estaba preparado para encontrarse con una mujer tan hermosa. La señora Renard era alta, bien formada, rostro de óvalo perfecto, griego, de una belleza clásica. Se cubría con jersey rojo y una falda negra.

Duc le calculó de treinta a treinta y cinco años, y eso quería decir que estaba en el cénit de su hermosura, un fruto en sazón.

—¿Señor Duc?

—Sí, pero no era con usted con quien quería hablar, señora Renard, sino con su marido.

—Mi esposo no puede hablar con usted.

—¿Por qué?

—Se marchó.

—¿Adónde?

—Hace demasiadas preguntas.

—Tengo que hacerlas.

—¿Es quizá una autoridad?

Duc podía haber dado a conocer su identidad, pero los agentes del Deuxième Bureau no operaban así, especialmente si querían

trabajar mucho tiempo al lado del viejo gruñón.

—No, no soy agente. Sólo un pintor en vacaciones. ¿No le explicó el criado lo que encontré cerca del río?

—Sí, me habló de un hombre herido.

—Muerto.

—¿Qué tiene que ver eso con nosotros?

—El hombre pronunció algunas palabras antes de expirar.

—¿Qué fue lo que dijo? —«Me han herido en el castillo»—. Eso no es posible.

—¿Hay otro castillo por aquí?

—No, éste es el único.

—Entonces, se refería a éste.

—¿No se le ha ocurrido una cosa, señor Duc?

—¿El qué?

—Que quizá ese hombre deliraba. Usted dijo que estaba moribundo.

—No lo creo.

—¿Por qué no?

—Ese hombre había sido herido por un arma blanca. La pregunté quién, y era lógico que en los últimos momentos señalase al asesino.

—¿Va a decir que citó el nombre de mi esposo o el mío?

—Ya le he explicado lo que dijo. Luego, murió. —No tengo nada más que decirle, señor Duc.

—¿Se da usted cuenta de cuál es su situación?

—No sé a qué se refiere.

—Tengo que poner a la policía en conocimiento del hecho del que he sido testigo.

—Comprendo.

—¿Hace eso cambiar su actitud, señora?

—En absoluto, señor Duc.

De pronto, Raymond oyó una voz a su espalda.

—Yo tengo que opinar a ese respecto, señor Duc.

Éste volvió la cabeza descubriendo al hombre que preguntó a François por la ubicación del castillo.

Ahora no manejaba el volante de un automóvil, sino una pistola.

—Eh, ¿quién es usted? —inquirió Ray.

—No hace falta que lo sepa.

—Otto, ¿por qué no has seguido escondido?

—No tenía más remedio que salir. ¿No oíste a este imbécil? Iba a acudir a la policía.

—Lo habría podido arreglar.

—¿Haciéndole una caída de ojos, querida?

—Otto, eres despreciable.

Duc esbozó una sonrisa.

—Oiga, ¿qué se cuece aquí, señora Renard? ¿O debo llamarla con otro nombre?

—¿No cree que soy la señora Renard?

—No.

—¿Qué le hace suponer que no lo soy?

—Me dijeron que el doctor Renard y su esposa vivían solos. Usted no me parece una mujer capaz de permanecer encerrada en un castillo por mucho tiempo. Ha nacido para ser admirada y alguna cosilla más.

—Eh, Otto, este hombre me está diciendo una procacidad.

El aludido se echó a reír.

—El muchacho tiene buen ojo.

Raymond había dado la espalda a Otto, y de pronto, sintió un golpe en la cabeza.

Se volvió soltando maldiciones, pero entonces Otto lo volvió a alcanzar en el mismo sitio. La habitación empezó a dar vueltas, o quizá era él quien giraba en un mundo loco. Estaba cabalgando en un alazán con una armadura, lanza en ristre, portando en la otra mano un escudo en el que se podía leer: «¡Viva mi rubia!».

Tenía delante a Otto, también armado caballero, pero como era tan grueso, había necesitado montar un percherón. Tenía su escudo cuyo lema era: «Soy un asesino».

En el palco de honor había dos damas con su cucurucho en la cabeza. Cada una tenía un pañuelo, el de la morena con el anagrama de Otto y la rubia con el de Raymond. Un paje de mejillas hundidas, que se parecía mucho a André, tocó una trompeta, pero al final hizo un gallo porque le faltaba aire.

Los dos caballeros pusieron a correr a sus monturas.

Sobrevino el topetazo y el gordo Otto cayó como una pelota sobre el verde césped.

Raymond alzó la lanza victorioso.

—Por mi dama y por mi honor.

De pronto, sonó un estampido y Duc oyó el impacto en su armadura que sonó a hojalata. Otto había jugado sucio, desde el suelo había sacado la pistola de su guantelete y apretado el gatillo.

—¡No lo matéis con balas! —dijo la rubia—. No está autorizado en las reglas del torneo.

Arrojad esa arma o pediré la ayuda del mago Merlín y os convertirá en un inmundo sapo.

Otto lanzó una carcajada y se puso a disparar balas contra Raymond.

En ese momento, Raymond recuperó el conocimiento. Estaba tendido en la alfombra, en la misma habitación donde había sido golpeado por Otto.

Fue a incorporarse, pero se detuvo porque la cabeza le dolía terriblemente. Al tocársela lanzó un aullido. Tenía un chichón del tamaño de un huevo.

Notó que su chaqueta olía a quemado. Se vio un agujero justo en el sitio del corazón y dio un respingo.

¡Otto le había disparado! Su sueño había sido casi real.

Metió la mano en el bolsillo y extrajo su cartera y la que había quitado al hombre que murió en el río.

Encontró también su pitillera. Se quedó asombrado porque él no la guardaba allí. Sólo gracias a un error conservaba la vida. La pitillera había sido la última barrera que la bala encontró en su camino y allí se había quedado, dentro, entre los cigarrillos.

Dio un beso a ésta y la metió en otro bolsillo.

La casa estaba envuelta en el silencio.

Abrió la puerta de la biblioteca y tropezó con un cuerpo.

Le dio la vuelta. Era el criado André. Le habían estrangulado con un cordel. Su rostro estaba cárdeno, dejando asomar la lengua por entre los dientes.

Con la pistola en la mano subió la escalera.

Una habitación estaba abierta. Se coló dentro.

Vio en la cama a una mujer de unos cincuenta años. Estaba vestida, las manos sobre el pecho, muerta, pero a ella no la habían estrangulado. Raymond vio un vaso de leche en la mesilla de noche. Sí, allí estaba el origen de la muerte de la señora Renard, porque apostó a que aquélla sí que era la citada señora. La habían

envenenado con arsénico.

Ce pronto, sonó una terrible explosión.

Raymond se vio lanzado en el aire y rodó por el suelo.

Una de las paredes se vino abajo.

Comprendió al instante lo que estaba pasando. Otto y aquella mujer habían minado el castillo, obrando de tal forma para acabar con las personas asesinadas en su interior. O quizá fuese otro el motivo principal, el laboratorio del doctor Renard.

Se abrió paso por entre los cascotes y vio grandes llamaradas.

Corrió hacia allí.

Se produjo otra explosión y de nuevo rodó por el suelo hasta cerca de la escalera. Entre el polvo y el humo vio que el vestíbulo era pasto de las llamas.

Tenía que darse mucha prisa. Un laboratorio químico podía contener poderosas sustancias explosivas. El castillo de Chanteclair, que había resistido los embates del tiempo, podía saltar en el aire de un momento a otro.

Vio al fondo una puerta que había sido desencajada por efecto de una de las explosiones.

Saltó por entre las piedras y precipitóse por el hueco en el momento en que abajo se producía la tercera explosión.

Bajó por una escalera.

Oyó un tremendo ruido arriba en el techo, pero no quiso mirar porque sabía que se estaba resquebrajando.

Corrió como no lo había hecho en su vida, a oscuras, sin saber dónde iba.

A su espalda se hundió el subterráneo y fue empujado por una onda caliente.

El corredor se doblaba a la izquierda y corrió por allí cuando el pasadizo que acababa de cruzar se venía abajo.

Nunca llegaría a tiempo a la puerta de salvación.

Era inútil que corriese.

Podría estar ocurriendo que se acercase cada vez más al lugar del que pretendía huir, donde estuviese situado el laboratorio.

De pronto, vio luz a lo lejos, la luz del día, un trozo de cielo azul.

Una explosión más fuerte que las otras, seguida de un largo trueno, le indicó que el castillo de Chanteclair estaba próximo a su

fin.

Llegó a la boca del pasadillo y se lanzó hacia los arbustos.

Cuando estuvo a suficiente distancia, se detuvo y volvió la cabeza.

Fue en ese momento cuando el castillo saltó como un juguete construido por niños. Algunas piedras cayeron muy cerca de él y luego sólo quedaron ruinas llameantes.

CAPÍTULO IV

—¿Qué le pasó a usted, Duc? —Ladró el viejo gruñón—. ¿Por qué infiernos se ha de meter en líos cuando está haciendo una cura de reposo?

Duc se armó de paciencia.

—Jefe, ¿debo recordarle que fue usted quien me envió aquí?

—Sí, lo admito, pero lo demás fue cuenta suya.

—Eh, jefe, no irá a creer que mi llegada a Chanteclair desencadenó el «drama».

—Dejemos eso de una vez.

—¿Cuántos cadáveres han recuperado?

—Ninguno. ¿Cree que se podía recuperar un cadáver en ese horno en que se convirtió el castillo?

Los dos se encontraban en la habitación de Duc, en la posada de El Caballo Blanco.

—Lo peor es que nunca sabremos si el doctor Renard ha muerto o se lo llevaron. ¿Se da cuenta, Duc?

—Sí, me doy.

—Cuando recuperó el sentido debió ir al laboratorio y no a la parte superior del castillo. —Yo ignoraba que el laboratorio estuviese en el sótano, y si se me hubiese ocurrido ir en esa dirección, a estas horas también me habría volatizado.

El viejo iba de un lado a otro, midiendo con sus pasos la estrecha habitación.

—Jefe, todavía no me ha dicho lo que sabe del doctor Renard.

—Charles Renard, cincuenta y tres años, licenciado a los veinte en la Sorbona con las notas más brillantes, profesor a los veinticuatro años. Varias empresas muy fuertes se disputaron sus servicios, pero él no quiso contratarse. Prefirió conservar su

independencia.

—¿Para qué?

—Al parecer, desde muy joven le gustó realizar experimentos y él pensó que debía continuar su trabajo a solas, y no en un laboratorio donde tendría que sujetarse a las reglas de un patrón.

—¿Cuál era su especialidad?

—Guerra química.

—¿No trabajó para el Gobierno?

—Sí, en el año 1940 fue destinado a una fábrica militar. Durante la guerra cayó prisionero de los alemanes y fue internado en un campo de concentración. Renard tenía muchas amistades entre sus colegas alemanes y ellos trataron de que trabajase para Hitler, pero no lo consiguieron. En el último momento, cuando los americanos estaban muy cerca del campo de concentración, los alemanes destinaron a Renard a un horno crematorio. Sólo se libró porque los alemanes no tenían bastantes hornos para asar a la gente. De esa forma, fue liberado por nuestros aliados.

—¿Qué pasó con él después de la guerra?

—Volvió a ocupar su puesto en la Sorbona, pero al cabo de unos cinco años, pidió el retiro.

—¿Por qué?

—Podía tener su propio laboratorio. En el año 1949 se casó con Elisabeth Lacoste, propietaria del castillo de Chanteclair. Ella tenía un gran árbol genealógico, condes, marqueses, pero también era licenciada en Ciencias Químicas. Desde entonces, los dos esposos Renard habían vivido en el castillo, apartados del mundo, entregados a sus experimentos.

—¿Continuó especializándose Renard en la guerra química?

—No lo sabemos.

—¿No dio información a nadie?

—Antes de salir de París, logré estas noticias sobre Renard, pero nadie me pudo decir en qué rama de la química estaban realizando los dos esposos sus experimentos.

—¿Qué sabe acerca de Arnoldo Longaroni?

—Nada, por lo que llego a la conclusión de que ese Longaroni es un nombre falso, lo mismo que su pasaporte.

Tendremos que esperar un poco a que la Interpol nos informe, una vez hayamos enviado sus huellas dactilares y la demás

información.

Llamaron a la puerta, y entró en la habitación un policía que saludó muy atento al viejo. Con una sonrisa en los labios, como si fuese a dar una agradable noticia, dijo:

—Hemos dado aviso a la policía de carretera, pero hasta ahora no hemos recibido ningún informe de ese auto americano, ni de las dos personas que viajaban en él. Naturalmente, hemos enviado la descripción de las dos personas, el hombre y la mujer.

—Gracias, sargento.

El policía hizo un saludo, siempre sonriente, y salió de la habitación.

—Nada, no tenemos nada —declaró el viejo—. Éste es un caso curioso, ¿eh, Duc? Ni siquiera sabemos si el doctor Renard vive o está muerto. Por lo tanto, nuestra búsqueda es muy limitada.

—Tenemos a Otto y a la falsa señora Renard, bueno, y a un personaje de propina.

—El italiano muerto.

—No, no me refería al italiano, sino a la rubia.

—¿Qué rubia? No me ha hablado, de ella.

—He pensado que no tenía ninguna relación con el caso, pero uno nunca puede estar seguro.

—Hable.

Duc hizo un relato de su encuentro con la rubia. Cuando hubo terminado, el viejo rió con sarcasmo.

—Se sintió un caballero andante, ¿eh? Y la rubia desapareció. Claro, estaba encantada por el mago Merlín.

—Le he dicho las palabras que intercambiamos, jefe.

—Agradezco su atención por no haber inventado la escena.

—Fue tal como la he descrito. Le repito que quizá esa rubia no tiene nada que ver con el asunto. Desde el momento de su desaparición pensé que era una viajera que se había detenido para admirar las bellezas de la comarca.

—Sí, es posible, pero en un lapso de cuarenta y ocho horas encontró en el mismo lugar a la rubia y a un hombre moribundo.

Sí, jefe. Así fue.

—Es un condenado asunto al que tardaremos mucho en hincarle el diente. Nada hacemos aquí, vamos a Périgueux.

Pero allí tampoco consiguieron nada.

Permanecieron doce horas en la ciudad durante las que continuamente el viejo estuvo en comunicación con París y con la policía que trabajaba en las carreteras.

Al fin, a las trece horas, llegó el primer informe.

Se había encontrado el coche americano marca «Chevrolet», en una cantera abandonada, y más tarde se supo que el auto había sido robado en París dos días antes.

Pero no había rastro de los ocupantes del coche. No se había encontrado a nadie que los hubiese visto. Era como si el auto se hubiese trasladado sólo desde el castillo de Chanteclair hasta la cantera abandonada, a sesenta kilómetros de Périgueux, como si fuese invisible.

Aquella noche, el viejo y Raymond Duc regresaron a París.

CAPÍTULO V

El helicóptero sobrevoló por los riscos de los montes de Baviera y sobre un valle lleno de verdor.

En una de las laderas se alzaba una gran mansión de piedra gris.

El helicóptero se dirigió a la casa y descendió verticalmente sobre una de las terrazas.

Tres hombres acudieron a dar la bienvenida a los viajeros.

Las grandes aspas del aparato quedaron inmóviles. Primero bajó Otto, quien dio la mano a la hermosa mujer que había sido su compañera en aquel servicio.

Luego, cada uno de ellos se puso a un lado de la carlinga, como si montasen guardia de honor al pasajero que iba a descender.

—Adelante, doctor Renard —dijo Otto.

Un hombre de cabello gris descendió del aparato. Era de ojos pequeños, inteligentes, que protegía con gafas de aumento.

—Quiero ver al jefe de ustedes —dijo el doctor Renard.

—Es a eso a lo que hemos venido, doctor —contestó la hermosa mujer—. Nosotros lo llevaremos hasta él.

Descendieron por una escalera y poco después se introducían en una amplia estancia. Al fondo, sentado en un sillón, había un hombre rubio, muy guapo, de unos treinta y cinco años.

—Adelante, doctor Renard —dijo.

El doctor, siempre flanqueado por sus aprehensores, Otto y la hermosa mujer, se acercó al hombre rubio.

—Gracias, Solange —dijo éste—. Tú también te has portado bien, Otto. Podéis salir.

El doctor intervino:

—Si ya ha terminado el capítulo de gracias, ¿quiere decirme qué significa este rapto?

—Es muy sencillo, doctor Renard —esperó a que Solange y Otto saliesen—. Usted va a trabajar para mí.

—Está loco si ha pensado tal cosa. ¿Quién es usted? Dígamelo.

—Usted ha oído hablar mucho de mí.

—Lo dudo.

—Le demostraré que se equivoca. Soy el profesor Frank von Schroeder.

—Conocí a un profesor Frank von Schroeder antes de la guerra. Supongo que usted es su hijo.

—No, yo soy el profesor Schroeder que usted conoció en 1933 en la Sorbona.

—Le repito que esto es imposible.

—¿Por qué ha de serlo, doctor Renard? —sonrió el rubio.

—Es la mar de simple. Usted aparenta tener treinta y cinco años, y si el doctor Schroeder viviese, tendría cuatro o cinco años más que yo. Estaría por los sesenta. Además...

—Continúe.

—Además, el profesor Frank von Schroeder murió.

¿Cómo murió, doctor Renard?

—Se suicidó. Había trabajado para Hitler desarrollando ciertas armas químicas para acabar con los prisioneros, especialmente con los judíos. Fue uno de los que perfeccionó los hornos para gasificar. Estoy bien informado de que escribió una carta a su esposa, la señora Schroeder antes de suicidarse con cianuro. Esa carta cayó en poder de los americanos.

—Yo hice que cayese en poder de los americanos... Puedo repetirle la carta. Era conmovedora. Se publicó en muchos diarios en aquel año de 1945. —El hombre hizo una pausa—. «Querida Elga: Soy un traidor. He violado el juramento que hice en pro de la Ciencia y por la humanidad. Mi única ocupación ha sido encontrar armas para el exterminio de la raza humana. Me he dado cuenta demasiado tarde. Si caigo en poder de los aliados, me ahorcarán. Por eso quiero evitarles ese trabajo. Perdóneme si me quito la vida, pero es lo único que puedo hacer. Tuyo siempre, Frank».

—Fue una hermosa carta, señor Schroeder. Usted mismo se dio el título que merecía, el de un traidor, y también reconoció que no tenía derecho a continuar viviendo después del mal que había hecho a la humanidad. Pero repito que usted no puede ser el

profesor Frank von Schroeder.

—Por lo visto, he de darle una prueba más concluyente.

—Sí.

—La va a tener, doctor Renard, aun cuando le resulte desagradable.

El hombre rubio levantó las dos manos sobre su cara. Aplicó los dedos por debajo de sus orejas y dio un pequeño tirón.

Lo que tenía sobre su faz era una careta. El doctor Renard quedó asombrado al ver lo que había tras ella. Era un rostro espantoso, una pura llaga roja y cárdena, llena de arrugas, donde faltaba gran parte de la boca, casi toda la nariz, donde no había cejas... Los labios monstruosos se movieron dejando escapar unas palabras roncadas.

—¿Está ya convencido, doctor Renard?

—Sí, creo que sí.

—Si quiere, puedo mostrarle también las manos, pero bastará con una.

Tomó la muñeca izquierda con la derecha y dio un tirón dejando ver una mano pequeña, deforme, un amasijo de carne arrugada.

—¿Se siente enfermo, doctor Renard?

—Sólo sorprendido.

Frank von Schroeder se puso otra vez la mano izquierda. Luego tomó la careta y la aplicó al rostro. Ante los ojos del doctor Renard apareció el hombre guapo que lo había recibido.

—¿Sabe a qué se debe el que haya quedado yo así, doctor Renard?

—Lo ignoro.

—No imaginaré que me sometí a este suplicio, a destrozar mi cara y mis manos, para esconderme de los vencedores.

—No, no creo que llegase a eso.

—¿Entonces?

Renard tragó saliva.

—No lo sé —repitió.

Sí que lo sabe, doctor Renard —dijo Von Schroeder—. Usted y yo hemos experimentado en la misma rama de la Química atómica. Usted sabe que ni siquiera el más poderoso ácido puede producir este efecto en un rostro humano. Sabe perfectamente que sólo un gas puede producir el empequeñecimiento de los órganos sin

destrozar los nervios motores. El único gas capaz de producir estos efectos en un ser humano es el gas-235.

—Mis ensayos de laboratorio no han llegado a tanto.

—¿Por qué quiere engañarme, doctor Renard? Usted hizo los mismos descubrimientos que yo. En distintas partes del mundo, en diferentes latitudes, hombres que no tienen otra cosa en común que el ser sabios, se dedican a hacer los mismos experimentos, y la mayoría de las veces no existe entre ellos ni siquiera relación científica. Es lo que nos ocurrió a nosotros, aun cuando nuestra especialidad estaba entonces naciendo. Sólo fue después de la guerra cuando usted y yo pudimos avanzar, dar un paso de gigante en el campo del átomo, de los protones, de los neutrones...

El doctor Renard se estremeció ligeramente, lo cual no pasó desapercibido para Von Schroeder.

—¿Qué le pasa, doctor Renard?

—Un ligero escalofrío.

—Lo ha sentido cuando he nombrado a los neutrones.

—No, sólo se debe a que seguramente me resfrié durante el viaje.

—Doctor Renard, hago una llamada a su sentido científico, a su reconocida probidad. Deje de hacer ya el chiquillo. Sé que usted consiguió lo mismo que yo.

—¿Qué logró usted?

—Ya se lo dije antes: el gas 235. Y le indicaré también el procedimiento. Por el bombardeo de neutrones a través de una cámara sobre la que incidían los rayos cósmicos. Naturalmente, entran en juego otras sustancias, pero de eso hablaremos más tarde. Lo importante es que sepa que usted consiguió lo mismo que yo. Pero tuvo más suerte. En mi tercer experimento tuve un escape del gas 235. —Se señaló la cara—. Y éstas fueron las consecuencias. —Levantó las manos—. He quedado mutilado, convertido en un despojo humano. Admito mi derrota con respecto a usted doctor Renard. Consiguió el gas sin daño para su integridad física, pero somos dos hombres de ciencia y debemos ayudarnos... Aquel fracaso en mi experimento me dejó fuera de juego, pero usted pudo continuar y llegó adonde hubiese llegado yo si no me hubiese ocurrido esta desgracia. Ahora va a trabajar para mí, a desarrollar

todo lo que sabe. Usted fabricará el gas 235.

—No haré tal cosa.

—Ya admite que lo logró —sonrió Von Schroeder.

—Muy bien, profesor. Logré el gas 235. Pero ¿cómo sabe usted eso?

—Lo supe desde el momento en que usted se retiró a su laboratorio del castillo de Chanteclair. Me di cuenta de que había tenido miedo, no quiso poner a disposición del Gobierno su maravilloso descubrimiento, pero por otra parte, usted no quería dejar de experimentar con el gas. ¿Verdad que se sintió dueño del mundo?

—No, señor Schroeder.

—Yo sí me sentí el amo del mundo cuando descubrí ese gas. Podía cambiar la faz de la tierra.

No podía variarla, sino destruirla.

—Cambiarla, señor Renard. Usted sabe tan bien como yo que el ser humano podía adaptarse perfectamente a una atmósfera de gas 235.

—Sería entonces un mundo de monstruos. ¿Es que no sabe el efecto de este gas?

Reduciría el tamaño del hombre a unos seis centímetros.

—¿Ha dicho seis centímetros?

—Exactamente.

Frank soltó una carcajada.

—Es maravilloso, Renard. Una humanidad de pigmeos.

—Serían muy inferiores a los pigmeos. Ya le he dicho que tendrían una talla de seis centímetros.

Los ojos de Schroeder parecieron perderse en un punto indefinido, por detrás del doctor Renard. Su voz sonó otra vez ronca, como si hablase consigo mismo.

—Un mundo de liliputienses en donde yo y las personas que desease serían únicamente los normales. ¿Por qué no ser yo solo? Gulliver en el país de los liliputienses. Sí, eso sería mucho mejor, un solo Gulliver. —Levantó las manos—. No llegarían siquiera al tamaño de un dedo.

Lanzó otra carcajada.

Renard había convertido los ojos en rendijas observando a aquel hombre.

—Es usted un ser infrahumano. No sé si calificarlo como monstruo o como loco.

Schroeder pareció volver en sí.

—Puede clasificarme como guste, doctor Renard... Sólo quiero que trabaje para mí y lo va a hacer. Hará para mí el gas 235.

—Tendrá que continuar sus experimentos sin mi ayuda si quiere conseguir el gas, pero yo espero por el bien de la humanidad que siga fracasando.

—Su vaticinio se cumplió. Me considero impotente para fabricar el gas. Por eso quiero su ayuda.

—No la tendrá nunca, profesor Schroeder.

—¿Sabe que podría amenazarlo?

—Le comprendo. Puede hacerlo diciéndome que va a matar a mi esposa, pero sacrificaré a Elisabeth si es preciso. Ella es una mujer de ciencia.

—No necesito asesinarla porque ya está muerta.

—¿Muerta? No es posible.

—Imaginé que si la conservábamos con vida no serviría para nada. Era un rehén inútil. Usted se ha sentido muy identificado con su querida mujercita y ella también se habría dejado matar por la humanidad, para que su secreto no fuese conocido por nadie, excepto por ustedes dos. No podía dejarla viva porque ella conocía el origen del gas 235. Y tampoco podía dejar intacto su laboratorio. Todo saltó por los aires, doctor Renard. En este momento, el castillo de Chanteclair es sólo un montón de humeantes ruinas. Por otra parte, me interesa mucho que admitan que su cuerpo quedó también convertido en cenizas.

—Asesinaron a Elisabeth. Malditos...

—Ahora ya lo sabe todo, doctor.

—¿Y ha creído que yo podría trabajar con usted después de matar a Elisabeth? Ahora, más que nunca, creo que está loco.

—Usted trabajará conmigo, doctor Renard. No tenga la menor duda.

El doctor dio un paso adelante, los puños apretados, y dijo con aire de desafío:

—Trate de conseguir que yo obedezca sus órdenes.

—Lo hará.

—Ya comprendo, me va a someter a un lavado de cerebro, pero

se olvida de algo importante. Si hace eso, no le servirá de nada. Para realizar cierta clase de ensayos necesito contar con toda la potencia de mi cerebro. Ande, empiece a drogarme.

—Habla como un estúpido, doctor Renard. Olvida que yo también soy un hombre de ciencia. Sé que no conseguiría nada de usted si lo sometiese a un lavado de cerebro. Por eso emplearé un arma más decisiva, un arma ante la que no tendrá más remedio que claudicar.

—No lo haré, cualquiera que sea la cosa que utilice contra mí.

—Si no empieza a trabajar inmediatamente, secuestraremos a su hija.

—¿A mi hija? —Renard se echó a reír—. Permítame que le diga que su archivo es muy malo. Debía estar informado que Elisabeth y yo no tuvimos ninguna hija.

—No la tuvo con ella, sino con otra mujer.

El doctor Renard borró poco a poco la sonrisa de sus labios.

—Quien le ha dicho eso, le ha mentado.

—No, no me engañó. ¿Cree que no he tomado mis medidas antes de iniciar esta operación? Le ampliaré mis datos, doctor Renard. Usted, antes de casarse con Elisabeth, en el año 1938, sostuvo relaciones con una mujer casada. Ella era la esposa de un colega suyo, el doctor León Dupuy. El era uno de sus mejores amigos y tenía una encantadora esposa. Usted no pudo resistir a su seducción.

—Cállese.

—Tampoco la dulce Jeanne Dupuy demostró ser una mujer fiel al juramento que había hecho a León en el momento de contraer matrimonio. Ustedes sostuvieron relaciones muy íntimas, a espaldas de su querido colega.

—¡Basta!

—La dulce Jeanne tuvo una hija que iba a colmar de dicha el hogar de los Dupuy. Se le impuso el nombre de Denise Dupuy, aunque realmente era Denise Renard.

—¡Todo lo que está diciendo es una montaña de embustes!

—Su colega tuvo el buen acuerdo de morir, pero lo hizo demasiado tarde, cuando usted ya no era un hombre libre porque se había casado con una mujer, que además de ser una compañera para el estudio de la ciencia, tenía suficiente dinero para dotarle a

usted de los elementos que necesitaba para trabajar con absoluta independencia.

Frank von Schroeder había hecho una pausa.

—Tengo la impresión de que lo irrito mucho con mi relato doctor Renard. Pero usted lo hizo necesario. También a la dulce Jeanne le llegó la hora de la muerte, pero antes de irse al otro mundo, confesó a su hija Denise la verdad de su origen. La pequeña conocía mucho a usted. Usted siguió visitando la casa de los Dupuy bajo el pretexto de que eran amigos de los viejos tiempos. Como es natural, entre usted y la pequeña se había establecido una corriente de afecto. Usted procuraba que eso ocurriese porque no podía olvidar en ningún momento que ella era carne de su carne y sangre de su sangre. Por ello, Denise al conocer realmente quién era su padre, fue a verlo a usted en el castillo de Chanteclair y le explicó que conocía su secreto. Luego, se han visto alguna vez...

El rostro de Renard había empalidecido mucho. Se dejó caer en un sillón.

—¿Está enfermo, doctor Renard?

—Nunca me sentí peor, pero no crea que es por su relato, sino por las náuseas que me produce su presencia.

—Cálmese, doctor. Me va a ver muchas veces... Como le iba diciendo, tendrá que realizar sus experimentos con absoluta veracidad.

—No quiero que hagan daño a Denise.

—No se preocupe.

—Trabajaré para usted sin necesidad de que molesten a mi...

—Dígalo.

—Está bien, a mi hija.

—Bravo, doctor Renard. ¿Cuándo cree que conseguirá el gas?

—He de examinar su laboratorio.

—Yo le acompañaré.

Salieron de la habitación y bajaron en un ascensor a un sótano.

Dos hombres con bata blanca les dieron la bienvenida.

El laboratorio atómico del doctor Schroeder era inmenso.

—¿Cómo ha podido conseguir esto, doctor?

—Be la misma forma que usted: con dinero y mucha paciencia.

—Pero usted tiene aquí cosas que a mí me resultaron imposibles de conseguir. Si hubiese tenido esto...

—Hable, doctor Renard, iba a decir que si hubiese tenido esto a su disposición, habría conseguido el gas 235 mucho antes.

—Es posible, pero noto la falta de algo.

—¿El qué?

—Hay que construir un nuevo tanque de agua pesada, el que tiene no sirve.

—¿Por qué no sirve?

—Está demasiado cerca del reactor atómico.

Schroeder se echó a reír.

—Guardan exactamente la misma distancia que los suyos.

—Y yo le digo que no.

Schroeder se acercó a un archivo y tiró de un cajón. Sacó un sobre del que extrajo varias fotografías que alargó a Renard.

Éste quedó asombrado al ver las fotografías.

—¿Cómo consiguió esto, Schroeder?

—Un hombre entró subrepticamente en su laboratorio y las obtuvo hace un año.

—¿Quiere decir que ya pensaba en mí?

—Pensé en usted desde hace cinco años, cuando sufrí el accidente. Desde entonces he estado ocupado en prepararle este laboratorio. No se puede imaginar las amarguras que he pasado pensando en que pudiera morir antes de que tomase posesión del laboratorio... Como ve, la distancia de que hablábamos es la misma, lo cual prueba que usted iba a empezar con sabotajes. Será mejor que a partir de ahora, abandone esa actitud. No le conviene, doctor Renard.

—De acuerdo, profesor. Haré lo posible porque mis ensayos merezcan su aprobación.

—Eso espero. No lo olvide.

—¿Dónde vivirá?

—En el fondo está su habitación.

—Necesito aire libre.

—Podrá pasear por una de las terrazas que le he preparado. Naturalmente, estará siempre bajo vigilancia. Ah, y no piense en el suicidio. También sería muy malo para su hija.

—Soy creyente y no puedo atentar contra mi vida.

—Eso está bien, doctor Renard. Haremos la comida juntos todos los días, y en el transcurso de ellas, me informará acerca de sus

experimentos.

—Sí, profesor. Schroeder.

—Como verá, he tomado todas las precauciones para que no me pueda engañar. Ahora le voy a dar un plazo para que me consiga el gas.

—No puede darme plazo alguno.

—¿Por qué no?

—Los experimentos a veces fracasan.

—Aquí tiene lo necesario para que esto no pueda suceder.

—Soy un ser humano, puedo equivocarme.

—No se equivocará. Se lo prohíbo, doctor Renard. No puede cometer ningún error. Pondrá a mi disposición el gas 235 en un plazo de doce días.

—Eso es imposible.

—Lo hará.

—Trataré de conseguirlo, pero me temo que no está en mi mano lograrlo en ese plazo.

—¿Cuánto tardará?

—No menos de un mes.

—Doce días —repitió Schroeder.

Y dando media vuelta, salió del laboratorio.

Subió en el ascensor y poco después se introducía en la habitación donde había recibido al doctor Renard.

Apretó un botón y se abrió una puerta en la pared.

Otto y Solange entraron haciendo una reverencia.

—Tengo otro trabajo para vosotros —declaró Schroeder.

—Le escuchamos, doctor.

—Secuestraréis a la hija del doctor Renard. No podéis fallar. Encima de la mesa encontraréis una carpeta con la información que necesitáis.

Otto tomó una fotografía de la cartera y, tras mirarla, la pasó a Solange.

—Muy bonita —dijo ésta, observando a la mujer de la fotografía, una rubia esbelta, bien formada.

CAPÍTULO VI

—Jefe, si no fuese por la rubia pensaría que todo lo he soñado — dijo Raymond Duc.

El viejo gruñón dio un respingo en la silla.

—Eso es lo único que quizá ha soñado, Duc, y me refiero naturalmente a la rubia. Todo lo demás es verídico. Conocemos la existencia del matrimonio Renard, del criado André, porque hay muchas personas que los vieron. También sabemos que existía ese castillo de Chanteclair, y allí están ahora sus ruinas para demostrarlo. La rubia es la única pieza que no encaja en su relato. Usted mismo ha dicho que estaba soñando con los tiempos medievales. Usted era un Amadís de Gaula de vía estrecha. Olvídese de una vez de la rubia y pensemos en algo más efectivo para nuestro trabajo.

—Sí, señor.

—He recibido información de la Interpol acerca de Arnaldo Longaroni.

—¿Qué dice?

—No nos sirve para nada. Trabajó con la Mafia en Sicilia durante unos años. Luego cayó en desgracia. Tuvo que huir porque trataron de asesinarlo. Trabajó en Milán en una fábrica de automóviles como fresador, pero el empleo sólo le duró tres meses. Luego, desapareció. Nadie sabe nada más. Maldita sea, ni siquiera eso nos puede proporcionar una pista.

—Hay algo en lo que he pensado.

—¿Qué cosa?

—Tengo la plena seguridad de que el doctor Renard vive.

—¿Por qué ha llegado a esa conclusión?

—Yo apostaría cualquier cosa a que Otto y la hermosa dama

echaron a volar, y lo digo en el estricto sentido. Continuaron huyendo por el aire después de abandonar el automóvil. Eso probará por qué no han sido vistos en ninguna parte.

—Sí, diga ahora que se marcharon en un avión reactor a Australia.

—Existen los helicópteros, jefe. Es un medio de locomoción muy cómodo para los delincuentes. Se utilizará cada vez más a menudo. Llegará un momento en que verá usted cometer asaltos con helicópteros.

—No me interesan sus vaticinios acerca del futuro. Es el presente lo que hemos de solucionar. ¡No se quede ahí, maldita sea, haga algo!

—Sí, jefe.

—¿Qué va a hacer?

—No lo sé. Me invitó a entrar aquí para darme órdenes, pero no me fía dado ninguna.

—Busque, condenación, busque cualquier cosa para poder seguir adelante.

—Trataré de encontrar algo, señor.

—¿Qué hizo durante las últimas horas?

—Las pasé en el archivo viendo fotografías para tratar de identificar a Otto y la hermosa dama. He visto miles de ellas, pero no conseguí nada. Esos individuos no están en nuestro archivo, ni en los de la policía judicial. ¿Ha recibido ya informes de la Alemania occidental?

No, todavía no. Esa gente se mueve despacio. Y luego dicen que quieren formar una Europa con nosotros. Es lo que siempre he dicho. Esos alemanes nos tienden una mano y con la otra están dispuestos a soltarnos una bofetada.

En aquel momento sonó la campanilla de uno de los tres teléfonos que descansaban sobre la mesa.

El viejo contestó con un gruñido. Cubrió el micro con la mano y dijo a Duc:

—Una nueva persona que pregunta por los esposos Renard. Eso se lo debemos a la Prensa por haber publicado tan pronto la noticia de la catástrofe.

Apartó la mano del micro, y dijo:

—¿Denise Dupuy? ¿Quién es ella? ¿Taquígrafa? ¿Qué relación

tenía con los esposos Renard? Amiga, ¿eh? —sonrió—. Cuidado, las rubias que además son bonitas, resultan muy peligrosas.

Duc se inclinó sobre la mesa.

—¿Ha dicho rubia?

—Sí.

—¿Ojos azules?

—Agente, ¿de qué color son los ojos de esa joven? ¿Azules? Gracias.

—Oiga, jefe, dígame a ese policía que retenga a esa mujer hasta que yo llegue.

—Dice que ya se fue, pero tomó su dirección para darle noticias.

—¿De dónde llaman?

El viejo se lo dijo.

—Me largo, jefe.

El viejo terminó de hablar con el policía que estaba al otro lado del cable y colgó.

—¡Eh! ¿Adónde va, Raymond?

—A echar un vistazo a esa rubia.

—Déjese de rubias y trabaje.

—Eso voy a hacer, jefe. Si no es mi dama, estaré de vuelta enseguida.

Veinte minutos más tarde, Raymond hablaba con el policía que había recibido a Denise Dupuy, el cual le dio la dirección de la joven. Vivía cerca de allí, dos calles más arriba. Duc viajó en su auto hasta un edificio de apartamentos. Subió en el ascensor a la quinta planta y apretó el timbre correspondiente a la puerta 22.

Poco después le abrió una joven rubia, pero no era la que había conocido en el río. Ésta era un poco mayor, veintiocho años, aunque también resultase atractiva.

—Ya veo que no es la joven que yo buscaba. Dígame, ¿cuál era su amistad con los esposos Renard?

—¿Renard? Conozco un Renard, pero no está casado.

—Eh, ¿no es usted Denise Dupuy?

—Claro que no.

—¿No vive aquí esa joven?

—Sí, pero a estas horas está en la oficina... Eh, oiga, ¿usted quién es?

—Traigo un mensaje a Denise de una persona que ambos

conocemos. Me gustaría verla enseguida porque salgo inmediatamente de París.

—Entonces vaya a su oficina.

La rubia le dio la dirección.

Denise trabajaba en una casa de importación y exportación.

Duc cruzó una sala en donde había no menos de veinte empleados aporreando máquinas.

Se detuvo ante una mesa con un cartel que ponía: «Señorita recepcionista».

—Quiero hablar con Denise Dupuy, es urgente.

—Vaya a la habitación del fondo.

Raymond caminó en la dirección que le indicaban y entró en otra oficina donde había cuatro empleadas, una pelirroja, dos morenas y una rubia, pero ésta tampoco era Denise Dupuy y se sintió defraudado.

De pronto, se abrió una puerta y apareció la mujer que había visto en el río.

La joven tenía el rostro muy serio. También lo vio a él. Duc le sonrió, pero ella no correspondió a la sonrisa.

Salió a su encuentro.

—Usted es Denise.

—Sí.

—Mi jefe decía que usted formaba parte de un sueño.

—¿Su jefe?

—Oiga, ¿podemos hablar fuera de aquí?

—¿Acerca de qué?

—Del matrimonio Renard.

La joven se mordió el labio inferior, y entre sus cejas, apareció un fruncimiento de preocupación.

—¿Quién es usted?

—Policía, aunque soy de una policía especial.

—Está bien, iré con usted. Me darán permiso enseguida. En realidad, no debí venir hoy. El jefe me dijo que me podía ir a casa, pero pensé que trabajando lo podría olvidar todo.

Espere unos segundos, enseguida vuelvo.

Poco después salían de la casa.

—La invito a almorzar —dijo Duc.

Entraron en un restaurante cercano a la oficina y tomaron

posesión de una mesa que estaba envuelta en la penumbra, al fondo del local.

—Señor Duc, ¿sabe algo del doctor Renard?

—Nada.

—¿Cree usted que ha muerto?

—No lo sabemos, pero mi impresión personal es que fue raptado.

—¿Por qué?

—La misma pregunta nos hacemos nosotros. ¿Podría contestarla usted?

La joven guardó un silencio, y Duc prosiguió:

—Toda la información que nos pueda facilitar será en bien del doctor Renard. ¿Qué relación la unía al matrimonio?

—¿Ella murió?

—Sí.

—¿Cómo lo sabe?

—Yo la vi muerta.

Entonces creo que ya no importa conservar el secreto, especialmente si como dice usted es de la policía.

—Lo soy.

—Perdone, pero tendrá que enseñarme su credencial.

—Lo que le puedo enseñar quizá no le diga nada. Pertenezco al Deuxième Bureau y tenemos un carnet un poco especial.

Duc sacó una tarjeta de su cartera. Estaba firmada por el primer ministro. En ella no figuraba su nombre. Sólo su fotografía y un número.

—¿Y su nombre?

—Se lo dije a usted, Raymond Duc, pero no figura aquí. Fueron los jefes quienes decidieron que era mejor así para el servicio. Somos un simple número, y debo decirle que a muy pocas personas damos esta clase de información.

—Voy a corresponder a su confianza, señor Duc.

—Puede llamarme Raymond y yo la llamaré Denise. ¿De acuerdo?

—Sí. Yo soy la hija del doctor Renard.

—Pero me habían dicho...

—Elisabeth Renard no era mi madre. Ella era Jeanne Dupuy, casada con León Dupuy, un colega del doctor Renard.

—Comprendo.

—Mi madre, Jeanne, me lo confesó todo en su lecho de muerte. Yo apenas conocí a León Dupuy, de modo que el doctor Renard fue siempre para mí como un padre. Le había tomado cariño desde muy pequeña.

—¿Sabía Elisabeth Renard eso?

—No.

—Entonces el otro día, cuando la vi a usted allí, venía del castillo.

—Sí, iba algunas veces a verlos, ya que mi padre apenas salía de allí. Ese día decidí caminar. Había dejado el coche en un lado del camino.

—Me tomó bien el pelo.

—Usted resultó muy gracioso diciendo aquellas cosas de los caballeros andantes —sonrió la joven.

—Y se esfumó como si realmente hubiese sido encantada por el mago Merlín.

—Me limité a seguir un sendero escondido entre los arbustos. Lo oí a lo lejos y estuve a punto de retroceder, pero tenía que regresar cuanto antes a París, y usted me habría entretenido un poco porque se encontraba demasiado aburrido.

—Es buena psicóloga. Aburridísimo.

—¿De verdad, Raymond, cree que mi padre vive?

—Insisto en que es mi hipótesis, pero de lo que usted me diga depende que continúe manteniéndola. Por ejemplo, ¿qué clase de experimentos realizaba su padre en el castillo de Chanteclair?

—Nunca me lo dijo.

—¿Entró alguna vez en su laboratorio?

—Sí, una vez por equivocación.

—¿Quiere decir por error?

—Estaba buscando a mi padre y oí un ruido hacia el lado izquierdo de la escalera. Vi una puerta abierta y entré. Era su laboratorio.

—¿Cómo era?

—Casi no me dio tiempo a verlo. Mi padre apareció muy nervioso, me tomó del brazo y me hizo salir de allí.

—Pero usted vería algo.

—Sí, era un extraño lugar.

—¿Por qué?

—Me hizo recordar esos filmes de ciencia ficción. Había un estanque al fondo y un poco más allá, sobre una pared, un cuadro de mandos enorme. Debía medir cerca de tres o cuatro metros. Del fondo llegaba un ruido.

—¿Qué clase de ruido?

—Un zumbido.

—¿Cómo era el estanque?

—Igual que una pequeña piscina. Tenía una escalerilla de hierro y muchas barras de acero. Ya le he dicho que fue una visión muy rápida, y no puedo decirle nada más.

Guardaron silencio cuando llegó el mozo. Encargaron el menú, y Raymond dijo:

—Perdone, Denise, tengo que hacer una llamada. Volveré enseguida.

Se encerró en la cabina y marcó el número de su jefe, que sólo conocía el personal a su servicio.

—¿Quién es?

—Raymond Duc informando, jefe. Encontré a la rubia.

—De modo que era su dama.

—Sí, señor. —Dígame que ella le ha prometido remendar su jubón para cuando se rompa el que lleva puesto.

—Resultó ser la hija del doctor Renard.

—¿Cómo?

—Ya lo ha oído, jefe.

A continuación, Duc le contó la historia, así como las características del laboratorio del doctor Renard.

—¿Qué piensa, Duc?

—Que el doctor Renard estaba metido en un negocio atómico. Lo que Denise vio así lo sugiere.

—Sí, también he pensado en ello. Me pondré en comunicación inmediatamente con la central atómica de Pierrelate. Pediré que envíen algunos especialistas para que rastreen las ruinas del castillo.

—Me permito indicarle que deben hacer el examen con urgencia.

—¿Y qué más, Amadís de Caula?

—El asunto se ha complicado mucho, jefe. No me apartaré de la chica.

—Déjese de historias y termine pronto con ella. Es aquí donde lo voy a necesitar.

—Está bien, jefe. Pensé que me recomendaría este servicio.

—Usted y las mujeres... Puaf —gruñó el viejo, y colgó.

Duc regresó junto a Denise.

—Raymond, menos mal que ha venido.

—¿Qué pasa?

Un hombre me está vigilando.

—No ponga esa cara de asustada y sonría como yo, Denise.

La joven forzó una sonrisa, pero le salió muy mal.

—Así está mejor. ¿Cuál es el hombre que la vigila?

—Está sentado a su derecha, tres mesas más allá... Es gordo, casi calvo.

Duc tenía su plato delante, y al tomar el cubierto lo dejó caer al suelo y se agachó para recogerlo. Mientras tanto, miró al hombre al que Denise se refería. Comía a dos carrillos, despachando un pollo entero con abundante guarnición.

En aquel momento, el gordo miró a Denise, pero apartó los ojos enseguida al ver que Raymond lo miraba a su vez.

—Deje de preocuparse, Denise —dijo, incorporándose en la silla—. Ese hombre sólo la mira porque es un admirador.

—¿Un admirador?

—Es muy bonita. Es lógico que los hombres se vuelvan para echarle una ojeada.

—Es posible, pero ese hombre me miró de una forma muy particular.

—Porque es un glotón.

El glotón terminó su menú, pagó y caminó hacia la puerta. Antes de salir dirigió una mirada feliz a Denise.

—Bueno —dijo Denise, dando un suspiro—. Usted tenía razón.

—¿Va a volver a la oficina?

—No, estoy muy cansada. El jefe me dio vacaciones para todo el día. Iré a mi apartamento y dormiré.

—Está bien, la acompañaré.

—No hace falta. Usted debe tener mucho trabajo.

—Gracias por recordármelo; efectivamente, el caso del doctor Renard nos tiene muy ocupados.

—Tomaré un taxi.

La joven se levantó y estrechó la mano de Duc.

—Gracias por la invitación, Raymond.

—Ahora que sé dónde vive, me verá pronto.

—Espero sus noticias acerca del doctor Renard. Ya sabe que me deja muy intranquila.

Espero que acierte y que él continúe vivo.

—Ya verá como todo sale bien. Le daré mi número de teléfono por si me necesita.

Ray lo escribió en un papel, que le entregó.

La joven se apartó sonriendo débilmente y cruzó el local, saliendo poco después por la puerta.

Raymond encendió un cigarrillo e hizo una señal al mozo para abonar la cuenta.

* * *

Denise entró en su apartamento.

—Veronique, ¿estás ahí?

Su compañera no le contestó.

Entonces descubrió debajo del cenicero un papel en el que Veronique había escrito:

«El ingeniero me invitó a almorzar en Versalles. No me esperes hasta la noche».

Denise dio un suspiro.

Estaba cansada. Tomaría un baño caliente y luego se iría a la cama.

Entró en el cuarto de baño, abrió el grifo del agua caliente y comenzó a desvestirse.

De pronto, oyó un ruido.

Salió del cuarto de baño pasando de nuevo los botones de la blusa.

Se quedó inmóvil al ver que en el *living* había entrado un hombre.

—¿Quién es usted? ¿Por qué ha entrado sin llamar?

—Señorita Dupuy, prepárese a venir conmigo a ver a su padre.

—¿Cómo está?

—Se encuentra perfectamente.

—¿En dónde?

—Lo sabrá cuando esté a su lado.

—Pero ¿qué han hecho con él? ¿Por qué lo secuestraron?

—No haga preguntas. El tiempo apremia. Ande, coja una valija con lo necesario. Nos iremos enseguida.

Denise recordó al agente del Deuxième Bureau. No ella no se iría con aquel hombre.

Podía ser una trampa.

Habían asesinado a la señora Renard, a André, el criado...

El teléfono estaba en su dormitorio. Marcaría el número que Raymond le había dado.

—Sí, enseguida estoy con usted. Tendré que cambiarme.

—Está así muy mona, no hace falta que se cambie.

—Me manché la falda, terminaré en dos minutos.

Denise le dirigió una sonrisa para confiarlo y entró en su dormitorio.

Apenas cerró la puerta, se precipitó sobre su bolso y sacó el papel en que Raymond había escrito el número.

Descolgó con mucho cuidado y se puso a marcar.

De repente, se abrió la puerta del dormitorio y el hombre dijo:

—¿Dónde llama?

—Ah, es usted.

—Le he preguntado dónde llama.

—A una amiga. Me despedía de ella.

Denise continuó marcando el número, sólo le faltaban ya dos cifras.

El desconocido avanzó y puso la mano en la horquilla.

—Eh, ¿qué hace? —dijo Denise.

—No va a llamar a nadie.

—Sólo quería que se ocupasen de mi canario durante mi ausencia.

—Usted no tiene canario. Y por otra parte, si lo tuviese no tendría necesidad de llamar a ninguna amiga, puesto que comparte el apartamento con Veronique Fesquet. Denise sintió un estremecimiento. Aquel hombre sabía muchas cosas de ella, demasiadas.

—Sus modales no me gustan.

—Serán peores si no obedece, señorita Dupuy.

—¿Con qué derecho me habla así?

—Usted se lo ha buscado. Quedamos en que entraría aquí para cambiarse.

—Muy bien, salga y lo haré.

—No, ahora es demasiado tarde. Va a venir conmigo.

—Me temo que ya no tengo ganas de acompañarle.

El hombre sonrió, haciendo una mueca.

—Vas a venir conmigo, te guste o no, pero creo que ya no tengo tanta prisa como antes.

—¿Qué quiere decir?

—Que el hombre y la mujer a quienes te tengo que entregar, pueden esperar un poco.

La joven se puso en pie y se apartó de la cama.

—Eres muy atractiva, nena... Sí, señor. Lo eres.

La midió de pies a cabeza.

—Déjeme en paz.

—Te aseguro que hace tiempo no encontraba una chica tan estupenda como tú. Denise trataba de llegar al cuarto de baño. Allí tenía una cortadora de uñas, un arma que podría servir para hacer frente a un tipo como aquél.

—Sería mejor que se marchase.

—Contigo, nena, pero antes tú y yo vamos a sostener una pequeña conversación. —Ya hablé bastante con usted.

—Me refería a una conversación muda. Son las mejores.

El desconocido siguió andando hacia Denise, la cual estaba a punto de llegar al cuarto de baño. Saltó de pronto y corrió dentro. Alargó el brazo para atrapar las tijeras que estaban sobre uno de los estantes, pero en ese momento, el tipo saltó sobre ella. Denise lanzó un grito que fue interrumpido en su garganta porque aquel hombre le cubrió la boca con la mano.

No había logrado atrapar las tijeras. Se revolvió luchando. El hombre tenía mucha fuerza y la aplastó contra la pared.

—Nena, será mejor que te calles. Sólo quiero que nos besemos un ratito, y para esas cosas, el silencio es lo mejor.

Le apartó la mano de la boca y se agachó sobre ella para besarla.

En ese momento, la puerta del cuarto de baño se abrió. Sonó un

chasquido y Denise vio cómo el hombre que la tenía atrapada caía en el suelo, dando una voltereta. Acababa de aparecer Raymond Duc.

CAPÍTULO VII

—Levántate —ordenó el agente del Deuxième Bureau. El desconocido había recibido el golpe en la boca, por donde arrojaba un hilillo de sangre. Se limpió con el dorso de la mano mientras se levantaba.

—Eh, ¿qué le pasa? ¿Por qué se ha metido en esto?

—¿Tú qué crees?

—Su novio, ¿eh?

—¿Cuál es tu nombre?

—Edouard Purnot.

Denise intervino.

—Vino para secuestrarme. Dijo que me llevaría con mi padre.

—Con que esas tenemos, ¿eh, Edouard? ¿No sabes que el secuestro está muy castigado por la ley?

—¿Quién dijo que la iba a secuestrar? No sea tonto. No puede fiarse de lo que le diga una muchacha histérica.

Vendo lavadoras a domicilio y me llegué a ofrecerle una.

¿Y qué cree que ocurrió?

—Cuéntamelo tú, Edouard.

—Ella me invitó a que la acompañase al cuarto de baño, y figúrese usted, quiso que la besase. Eso fue lo que ella me pidió.

La joven estaba asombrada.

—En mi vida he conocido a un tipo más cínico que éste, Raymond. Todo lo que está contando es falso.

Edouard se encogió de hombros.

—Bueno, amigo, usted es un hombre como yo, y los dos sabemos cómo están hoy en día las mujeres... Muerden clavos porque un hombre les diga unas cuantas cosas en la oreja, y ya sabe lo que ellas prefieren.

Duc sacudió la cabeza en sentido afirmativo y de pronto dejó ir su mano derecha. Edouard chocó contra la pared del fondo y cayó en la bañera. Quedó aturdido, y entonces Duc apartó las cortinas de plástico y abrió la llave de la ducha, la del agua fría.

Un chorro cayó sobre la cabeza de Edouard.

—Eh, maldita sea. ¿Qué está haciendo?

Trató de levantarse, pero Duc lo sujetó por el cabello y por un hombro, manteniéndolo sentado en la bañera, recibiendo el chorro de agua.

—¿Para quién trabajas, Edouard?

—¡Váyase al infierno!

—Abre más el grifo, Denise.

La joven obedeció y el agua cayó sobre Edouard impidiéndole casi respirar.

—Eh —gritó bajo la cortina de agua—. Me va a ahogar.

—No se perderá nada.

—Está bien, se lo diré. Pare esa condenada manguera.

Duc hizo una señal con la cabeza a Denise y ésta disminuyó el chorro de agua.

Para entonces, Edouard estaba empapado de los pies a la cabeza.

—¿Quién es tu patrón? —repitió Raymond.

—Electrodomésticos Duval.

—Abre el grifo, Denise.

—¡No, maldita sea, que no lo abra! Se lo diré. Me contrató un tipo gordo. Sólo sé que se llama Otto.

—Se refirió también a una mujer —dijo Denise.

—¿Quién es la mujer, Edouard?

—Se llama Solange.

—Descríbela.

—Morena, alta, muy hermosa...

Raymond sonrió con los dientes apretados. Por fin volvía a tener noticias de la pareja que conoció en el castillo de Chanteclair, la hermosa mujer que se hizo pasar por la señora Renard y Otto, el gordito que le había pegado un tiro en el corazón, aunque la bala no hubiese llegado a su destino.

—Tenías que llevarles a Denise.

—Sí.

—Y luego ellos la trasladarían a otra parte.

—Es posible.

—¿Adónde?

—No lo sé.

—¿Has visto alguna vez a un ahogado sacado del Sena?

—Sí, una vez.

—Supongo que no te gustaría su aspecto.

—No me lo recuerde porque perderé el apetito.

—Así vas a quedar tú, con los ojos como huevos duros y la lengua fuera.

—Eh, no está hablando en serio. Ya le presté mi ayuda.

—¿Quiénes son Otto y Solange?

—Oiga, no los había visto en mi vida, me contrataron para hacer este trabajo. Se lo juro. Y por si le sirve de algo, yo no soy secuestrador. Sólo acepté porque pagaban bien. Además, no era un rapto. Ella tenía que venir conmigo por su propia voluntad. ¿No es eso, señorita? Ande, dígaselo, yo la iba a llevar con su padre.

—Sí.

—¿Es eso lo que te dijeron? ¿Dónde está su padre?

—Ni siquiera sé si la señorita tenía padre.

—¿Dónde están Otto y Solange?

—Me dijeron que me esperarían en una casa, apunté la dirección, la tengo aquí...

Fue a meter la mano en el bolsillo de la chaqueta.

—Quieto, Edouard, yo la sacare.

Duc introdujo la mano por debajo de la axila de éste y sacó una pistola.

—¿Tienes licencia de armas, Edouard?

—Claro que sí, soy cazador.

—¿No sabes que todavía no se levantó la veda?

—Yo sólo cazo aves acuáticas. Por eso me estoy entrenando en la bañera, ¿no lo ve? —Eres un tipo muy chistoso, Edouard.

Le metió otra vez la mano en el bolsillo y sacó el papel donde estaba la dirección.

—¿Es ésta, Edouard?

—Sí.

—Vas a venir conmigo allí, y si me engañas, te lo voy a hacer sentir.

—Eh, usted no tiene derecho a llevarme. ¿Ha creído que es

policía? —Sí, eso he creído, que soy policía.

* * *

Raymond cruzó, en compañía de Edouard, el jardín que conducía a la casa número 82, a la que éste debía haber llevado a Denise.

Dos compañeros de Raymond se habían quedado en el auto en que habían viajado hasta aquel lugar, uno de ellos al volante, el otro listo para entrar en acción.

Denise había sido conducida por otros dos agentes a la oficina del viejo.

Raymond observó las ventanas. Apparently, tras los visillos no había nadie.

—Edouard, aprieta el botón —ordenó cuando llegaron al porche. Éste oprimió el timbre.

Transcurrió un minuto sin que nadie abriese.

Entonces, Edouard hizo girar el tirador y la puerta se abrió a su impulso.

Se oyó un estampido dentro, Edouard lanzó un aullido y se desplomó en el suelo, sujetándose el vientre.

Raymond rodó en el interior de la habitación.

Dispararon otra vez desde una puerta, pero Duc pudo llegar detrás de un diván, sano y salvo.

—Otto, ¿está ahí?

—Sí, amigo.

—La casa está rodeada. Será mejor que se entregue.

—¿Quiénes son ustedes?

—Deuxième Bureau.

—Está bien, agente, me entrego. Salgo.

Raymond empezó a alzarse, pistola en mano.

Sonó un estampido y la bala le rozó la mejilla. Luego él hizo fuego contra el gordo que había aparecido en el hueco de la puerta.

Otto cayó hacia atrás porque había recibido el impacto en el pecho.

Raymond corrió a su lado y pegó un puntapié al arma que estaba en el suelo.

Otto arrojó una bocanada de sangre por la boca y desorbitó los

ojos.

—Otto, ¿dónde tienen al doctor Renard?

Los labios de éste se estremecieron, pero no pronunció palabra alguna porque enseguida se murió.

Los dos compañeros de Duc irrumpieron en la casa.

—Cuidado, muchachos —dijo Raymond—. La compañera de Otto puede estar escondida en cualquier parte.

Pero al cabo de un rato, sus dos compañeros regresaron al *living*.

—No hay nadie en la casa —anunció el más alto.

Duc miró el cuerpo de Edouard que había muerto también en el porche.

—No conseguimos nada —dijo, y agregó una maldición para sus adentros.

* * *

—Estamos como al principio —dijo el viejo.

—Sabemos algo más, jefe —le corrigió Raymond.

—¿Qué, por ejemplo?

—Que el doctor Renard está vivo.

—Oh, sí, debe sentirse muy satisfecho por haber confirmado su hipótesis.

—Está claro que el doctor se niega a trabajar con las personas que lo secuestraron. Por eso quisieron llevarse a Denise, para vencer su voluntad.

—Sí, de acuerdo, es usted muy lista, pero liquidó a Otto y es la pieza que necesitábamos para seguir adelante.

—Era su vida o la mía. El disparó antes y no me acertó por milagro.

Denise había sido conducida a un hotel. Le hacían compañía permanentemente dos hombres del Deuxième Bureau.

Duc hubiese querido ver otra vez a la joven, pero al llegar allí, después de su duelo con Otto, Denise ya no estaba en la oficina del viejo.

Uno de los tres teléfonos de la mesa se puso a sonar.

—¿Sí? —dijo el viejo a través del micro—. ¿Pierrelate? Hable... ¿Cómo dice? No es posible... Oiga, ¿se encuentran ustedes bien? Lo siento, pero creí que era una broma...

De acuerdo, sí, tomo nota de todo...

El viejo colgó y se echó en el respaldo del sillón pasándose un pañuelo por la frente.

—¿Qué pasa, jefe?

—Me tengo que cerciorar que no estoy soñando. ¿Vio alguna vez una lagartija de dos milímetros?

—No.

—¿Un sapo que pesa un gramo?

—Tampoco.

—Pues encontraron lagartijas y batracios de este tamaño y peso entre las ruinas del castillo de Chanteclair.

—¿Qué quiere decir eso?

—Nadie lo sabe, pero me dieron otra información adicional. Los contadores Geiger de los especialistas de Pierrelate marcaron el máximo de radioactividad en esa zona. En estos momentos, la central atómica de Pierrelate está sometiendo el caso al primer ministro para que una extensión de veinte kilómetros cuadrados alrededor del castillo de Chanteclair, sea considerada zona peligrosa. Gracioso, ¿verdad?

—Mucho —contestó Duc, rascándose detrás de una oreja.

—Se llevaron docenas de animalitos, lagartijas y otros bichos, en una caja para ser estudiados en el laboratorio. Imagínese, animales muchas veces inferiores a su tamaño natural. Y justamente han sido encontrados entre las ruinas del laboratorio del doctor que ha sido secuestrado. ¿Le dice eso algo?

—Sí, está claro. El doctor estaba dedicado a esa clase de experimentos, reducción del ser vivo, y eso debe incluir al hombre.

—¿Cómo?

—¿Por qué no?

El viejo se había quedado con la boca abierta.

—El hombre —repitió como un eco—. ¡Cielos, un arma secreta!

—Yo pienso en algo más que en un arma secreta.

—No puede ser. Raymond, estamos viviendo en la segunda década del siglo xx.

—Eso es lo terrible, jefe, que en esta segunda década del siglo xx hay que esperar esas cosas.

—No me hable de la fuerza del átomo desencadenada, de la locura a la que se ha entregado la humanidad. Escuché una

conferencia de uno de esos tipos que se dedican a hablar contra la energía atómica, y recuerdo muchas de sus palabras. —Hizo una pausa y agregó con voz engolada—: «El caos y la anarquía reinarían en el mundo por el simple hecho de que un adversario anunciase la inminencia de un bombardeo atómico».

—Sí, la humanidad sería presa de un histerismo colectivo, pero ¿qué me dice de la posibilidad de que de la noche a la mañana, se despertase usted en la cama reducido al tamaño de este lápiz? —Levantó uno que había sobre la mesa.

—¿Cree, de verdad, que eso fue lo que descubrió el doctor Renard?

—¿Por qué no?

El viejo y su subordinado Raymond Duc se quedaron mirando el lápiz.

—Sí, ¿por qué no? —rezongó el viejo—. Menos mal que tenemos algo en nuestro favor. Hemos quedado de acuerdo en que la persona o personas que tienen en su poder a Renard, no pueden hacer nada de momento porque el secuestrado se niega a trabajar. Y también estamos de acuerdo en que sólo si atrapasen a la joven Denise estarían en condiciones de coaccionar al doctor Renard. Por lo tanto, mientras nosotros conservemos en nuestro poder a ésta, tenemos probabilidades de seguir subsistiendo con nuestro tamaño normal.

CAPÍTULO VIII

—¿Me dan un cigarrillo? —dijo Denise—. Se acabaron los míos.

Uno de los dos agentes del Deuxième Bureau que guardaban a la joven sacó el paquete de cigarrillos.

El otro estaba mirando por la ventana.

—¿Alguna novedad? —preguntó el que había entregado sus cigarrillos.

—Ninguna.

La joven encendió un cigarrillo y arrojó una bocanada de humo. Estaba sentada en un sillón con las piernas cruzadas. El hotel se llamaba

L'Alsacien

y ocupaban la habitación 33.

—Eh, Lucien —dijo el que miraba por la ventana—. Tengo que telefonar a mi novia para que no me espere.

—Sí, Gaston, creo que esto va para largo.

Gaston pidió línea y luego marcó un número.

—¿Querida? Surgió de pronto un trabajo... No, no es nada importante. Espero que me releven dentro de unas cuatro horas, pero si no fuese así, te veré mañana... Lo siento, nena.

Colgó y dio un suspiro.

En aquel momento llamaron a la puerta.

Gaston sacó la pistola y miró a su compañero Lucien. Éste se arrimó a la pared e hizo una señal con la cabeza a Gaston, el cual abrió la puerta de golpe.

Un hombre que estaba a la otra parte dio un respingo.

—Vamos, entre, amigo.

—Claro que sí.

Gaston lo tomó del brazo.

—¿Quién es usted?

—Honoret Poncet —soltó un hipido—. Me cité aquí con una pelirroja... ¿Dónde está?

Eh, amigos, esto no será una trampa. No me gusta ver las armas de fuego.

—Márchese, amigo. Aquí no está la pelirroja —dijo Gaston, guardando la pistola.

—¿Quieren un trago? —dijo el borracho.

Hizo un movimiento rapidísimo con la mano y en una fracción de segundo sacó una pistola con silenciador. Cerró la puerta con el pie, y al mismo tiempo que ésta quedaba encajada, sonó el primer taponazo.

Lucien se desplomó al ser alcanzado en la cabeza.

Gaston tiró de la pistola, pero el supuesto borracho le llevaba mucha ventaja.

Sonaron otros dos suaves estampidos y Gaston se desplomó herido de muerte.

Denise se había levantado de un salto y estaba sobrecogida.

—Asesino —gritó.

—Silencio, muchacha, o también habrá para ti.

Pegaron un golpe en la puerta y el hombre que manejaba la pistola abrió sin mirar.

Otro hombre y una mujer entraron en la estancia y se dirigieron hacia Denise.

La joven empezó a gritar.

El hombre, un pelirrojo, manejaba un algodón y una botella. Mientras avanzaba hacia Denise estaba impregnando el algodón con el líquido que contenía el frasco.

Se arrojó sobre la joven, aplicándole el algodón en la boca.

Denise lanzó unos gritos ahogados y perdió el conocimiento.

La mujer, Solange, dijo:

—Vamos, rápido, hemos de sacarla de aquí cuanto antes.

Poco después, los dos hombres y la mujer abandonaban la habitación llevando consigo a la hija del doctor Renard.

* * *

Cuando Denise despertó, se encontró tendida en una cama. Por

encima de ella vio la cara de un hombre guapo, rubio, de unos treinta y cinco años de edad.

—Es usted muy bella —le oyó decir.

—¿Quién es usted?

—Permítame que me presente. —El hombre rubio pegó un taconazo—. Profesor Frank von Schroeder.

Denise se incorporó en la cama. Quedóse perpleja porque la habitación parecía formar parte de un sueño o de algún cuento de «Las mil y una Noches».

Vio una terraza y saltó de la cama pasando junto al hombre rubio. La puerta de la terraza estaba cerrada.

—Abra, señor Schroeder —le dijo.

—Lo siento, no puede ser.

—Comprendo. Soy una prisionera y usted no puede correr ningún riesgo. Me podría suicidar.

—Quizá.

—¿Está aquí mi padre?

—Sí.

—Quiero verlo.

—No puede.

—¿Por qué?

—El está trabajando y no sabe que está usted aquí.

—Dígale que he venido.

—Prefiero guardar el secreto durante algún tiempo.

—¿Por qué? No le comprendo —frunció el ceño.

El guapo rubio sonrió.

—Estoy acostumbrado a que no me comprendan, Denise. Pero es cosa corriente en los hombres como yo.

—¿Qué le pasa a los hombres como usted?

—Son seres excepcionales. Según los estudiosos de estadística, sólo nace uno cada mil años.

—Usted sólo es un asesino. Las personas que están a sus órdenes mataron a dos policías.

—Eso no fue un asesinato.

—Un hombre se hizo el borracho y entró en mi habitación del hotel. Sorprendió a los dos policías... ¿Cómo llama usted a eso?

—Simplemente, que esos dos hombres no supieron cumplir lo que se les había ordenado. La vida es una lucha constantes. Siempre

hay que estar preparado, no confiar en nadie ni en nada, prever el ataque de nuestro adversario.

—¿Por qué me ha secuestrado?

—Quiero tener la seguridad de que su padre va a trabajar para mí.

—¿Qué es lo que quiere de él?

—Su padre me va a proveer del arma más terrible que ha podido salir de la mente humana.

—¿Qué clase de arma?

—Venga conmigo y lo sabrá.

Salieron de la habitación. Dos hombres que estaban junto a la puerta saludaron respetuosamente al profesor Frank von Schroeder.

El profesor y Denise descendieron en un ascensor y se introdujeron en un enorme salón. Tendida sobre cojines estaba Solange. Se cubría con pantalones negros y blusa roja.

Parecía muy nerviosa.

Los ojos de Denise arrojaron llamaradas de ira porque identificó a aquella mujer. Era la que había colaborado en su secuestro.

Solange se levantó de golpe.

—¿Dónde está mi medicina, profesor Schroeder?

—Te dije que esperases un poco.

—No puedo aguantar. Me duele el estómago... Me zumban los oídos. He cumplido, no tiene derecho a racionarme.

El profesor se acercó a una estantería y apartó un grueso tomo.

Metió la mano en el hueco y sacó una aguja hipodérmica y una caja rectangular. Solange se precipitó sobre el profesor.

—Gracias, Frank.

Avidamente, tomó la aguja y la caja y regresó al lugar donde había estado tendida.

Schroeder se acercó a Denise, sonriendo.

—Perdone la interrupción.

—Esa mujer se va a drogar. ¿Por qué no se lo impide?

—No tengo ganas de que se vuelva loca. Además, necesito que continúe así.

—Y dijo antes que no es un asesino.

—Solange ya era así cuando yo la encontré: una adicta a la droga.

—Usted se dedicó a explotar su vicio en beneficio suyo. De esa

forma tuvo usted una esclava a sus órdenes.

—Ha dado con la palabra justa: una esclava. Pero ya lo ve, ella necesita la droga para continuar trabajando. Suponga que el mundo entero estuviese a mis órdenes. Tendría necesidad de muchas raciones en el mundo para conseguir eso. Sin embargo, dentro de muy poco tiempo miles de millones de seres humanos obedecerán a un amo. Y yo no tendré necesidad de gastar una sola ampolla con la hipodérmica.

—No le entiendo.

—Lo va a comprender enseguida.

Frank empujó a la joven hacia el fondo donde había unas cortinas.

Schroeder apretó un botón y el cortinaje se descorrió.

Denise quedó perpleja al ver ante sí un extraño paisaje. Era como un belén de Navidad, enorme, gigantesco, que ocupaba el resto del salón. Paisajes montañosos, valles, casas, ciudades, carreteras y hombres y mujeres por todas partes, figuritas insignificantes... Los animales habían sido hechos teniendo en cuenta la proporción.

También había vehículos, autos, aviones, autobuses...

—Debe resultarle muy divertido este juego, profesor.

—Muchísimo, porque es una anticipación del mundo de mañana.

—No veo nada aquí que no exista ya hoy. Esos coches son de ahora y los aviones y la presa del fondo...

—Existe una notable diferencia, Denise. Hoy día todo esto tiene unas dimensiones que todos conocemos. En un mañana muy próximo, el mundo que conoce será de este tamaño.

La joven agrandó los ojos.

—Está chiflado, eso no puede ser.

—Su padre le demostrará que está equivocada.

—Está diciendo una monstruosidad. Mi padre no puede hacer eso.

—El doctor Renard es un genio, sí, querida, debe estar satisfecha de él.

—Le repito que el doctor Renard no cometerá una monstruosidad como la que usted dice. No puede reducir a las criaturas al tamaño de esos muñecos.

—Así estará poblado el mundo, por muñecos, aunque habrá un grupo seleccionado de hombres, un centenar, quizá dos, que conserven el tamaño que tienen ahora.

—Usted ha perdido el juicio, lo perdió hace mucho tiempo, estoy segura de ello. Pero mi padre, aunque tuviese ese poder, no haría tal cosa. ¿Lo oye? ¡No lo hará!

—Tendrá que hacerlo. Ya lleva unos cuantos días trabajando en sus experimentos. Está a punto de lograr la primera muestra de la sustancia con la que todo ser vivo quedará reducido a un tamaño muy inferior. Ahora, Denise, va a volver a su habitación.

—Quiero ver a mi padre. Necesito hablar con él.

—Ya sé para qué quiere hablar con él. Para quitarle de la cabeza la idea de que continúe trabajando a mis órdenes, pero yo no lo puedo consentir. Sólo quería tenerla aquí para que su padre no se permita el lujo de fracasar.

Frank von Schroeder dio una palmada fuerte.

Se abrió una puerta y aparecieron dos hombres. Tenían la cabeza rapada, y el torso desnudo y su talla era cercana a los dos metros.

—Llévaos a la prisionera y que le sirvan comida —ordenó Von Schroeder.

—No quiero comer —dijo Denise.

—Tendrá, que hacerlo.

—No comeré —insistió la joven.

—No permito huelgas de hambre. Si dentro de tres horas no ha comido lo que le sirvan, yo mismo me encargaré de inyectarle las vitaminas necesarias. Como ve, en mi casa todo está organizado científicamente.

—Sí, ya lo he comprobado. Todo es pura ciencia, incluido el genocidio que va a cometer con la humanidad.

—Genocidio —repitió Frank—. ¿Por qué me gustó siempre esa palabra? Sí, me gustó mucho cuando empecé a trabajar en un campo de concentración... Era hermoso contemplar aquel montón de cadáveres hacinados, seres que habían perdido la vida porque no tenían condiciones para resistir los rigores de la existencia.

—Es usted un cínico. Si aquellos seres estaban así, era porque ustedes los redujeron a aquel estado.

—Sí, quizá tenga razón. Pero ¡de qué forma tan grosera lo

hacíamos! Ahora la reducción será llevada a cabo desde un punto de vista realmente humanitario.

—Miserable.

—Ya basta de insultos. Llévensela.

Los dos hombres caminaron hacia la joven.

—No hace falta que me toquen... Iré por mi propio pie.

—Eso está muy bien, que se acostumbre a obedecer mientras sea mi huésped.

Solange se puso en pie. Había cambiado mucho en los minutos transcurridos desde que entró Denise en el salón. Ahora ya no estaba nerviosa. En su bello rostro resplandecían los ojos como ascuas y sus labios sonreían.

—Querido, se me está ocurriendo una idea. Muy pronto será mi cumpleaños. ¿Por qué no me regalas a esa nena? Pero ya sabes, que sea como una muñequita para que yo pueda tenerla en pie, sobre la palma de la mano. Es muy mona y resultará divertido oíría decir papá y mamá.

Denise apretó los puños sobre los muslos y dijo:

—Usted ya es un ser infrahumano sin necesidad de que la reduzcan al tamaño de un mondadientes.

Solange soltó una carcajada mientras la joven abandonaba el salón acompañada por los dos gigantones.

Frank se había quedado muy serio, observando a la hija del doctor Renard.

Solange dejó de reír.

—¿En qué piensas, Frank?

—En nada.

—No mientas. Estás pensando en ella.

—Sí. La imaginaba del tamaño de una diminuta muñeca.

—¿Estás seguro de que era eso?

—¿Qué otra cosa podía ser, querida?

—Me has prometido que yo estaré a tu lado cuando seas el dueño de un mundo de pigmeos. —Señaló la parte del salón donde estaba el extraño escenario.

Schroeder la miró a los ojos, mientras decía:

—Todo sigue igual con respecto a mis planes.

—Lo celebro. Pensé que esa Denise te había turbado un poco. — Caminó hacia él como un animal felino.

—Solange, estoy preocupado.

—¿Por qué?

—¿Estás segura de que no os siguió nadie?

—Claro que sí. Hicimos el viaje perfectamente. Todo estaba bien planeado y no hubo un solo fallo después que tomé las riendas del asunto. Otto era un imbécil y merecía la muerte por su torpeza. Deja de pensar ya en el Deuxième Bureau. Son una pandilla de asnos.

—Ese Raymond Duc no parece que lo sea.

—Bueno, quizá sea más inteligente que los otros, pero tampoco conseguirá nada.

—No conoce el fracaso. Tengo una buena información de él.

—Pues ésta será la primera vez que guste la amargura de la derrota.

—Eso no me basta.

—¿Qué quieres decir?

Frank von Schroeder quedó pensativo un rato.

—Voy a ordenar que acaben con él. De esa forma estaré más tranquilo. Se me ha ocurrido un plan... —Se echó a reír suavemente—. Sí, Raymond Duc dejará de ser un estorbo y luego ya no habrá nadie que me pueda preocupar.

CAPÍTULO IX

—Ha transcurrido una semana y seguimos igual —rugió el viejo—. Dos hombres muertos de la sección. ¡Qué gran victoria para el Deuxième Bureau! El doctor Renard y su hija han sido secuestrados y nosotros no lo hemos podido evitar.

—Todas las pistas quedaron borradas —apuntó Duc.

—Eso a mí no me sirve para nada.

Se oyó el zumbido del interfono y el viejo abrió el circuito.

—Jefe —dijo la voz de Monique Duval—. Tiene una visita importante.

—No estoy para visitas.

—Es el doctor Poincaré de la Central Atómica de Pierrelate.

—Está bien, que pase.

Se abrió la puerta y entró un hombre de unos cincuenta años, ojos que cubría con lentes, facciones alargadas. De su diestra colgaba una cartera de cuero negro.

—Bienvenido, doctor Poincaré.

—He querido traer personalmente el informe que solicitó. La situación es muy peligrosa.

—Explique sus palabras, doctor.

—En la Central de Pierrelate estamos aterrorizados y le aseguro que hay muy pocas cosas que nos produzcan miedo.

—¿Se refiere a esas lagartijas y a esos batracios que encontraron entre las ruinas del castillo de Chanteclair?

—Exactamente. Hoy murió el último de esos animalitos.

—¿Cuál ha sido la causa de su desaparición?

—Acumulación de gases venenosos en sus órganos respiratorios.

—¿Quiere decir que no habrían muerto si no hubiese sobrevenido la explosión? —Estamos convencidos de que habrían

continuado viviendo como sus hermanos de tamaño normal. Es más, caballeros, se habrían reproducido perfectamente.

—¿Sugiere que sus hijos habrían sido del mismo tamaño que tenían ahora?

—Exactamente del mismo.

El viejo exhaló un suspiro mientras dirigía una mirada a Raymond.

—¿A qué se debió su reducción de tamaño, doctor Poincaré?

—A un gas.

—¿De qué origen?

—Atómico.

—Bueno, quizá fue casual, y al sobrevenir la explosión se produjo ese gas.

—No. Ese gas es completamente desconocido para todos los que trabajamos en Pierrelate.

—No me irá a decir que éste se produjo por un simple azar.

—Estamos convencidos de que fue conseguido por una mente humana preconcebidamente. —El doctor Renard, ¿eh?

—Hay que llegar a la conclusión que el gas es obra del doctor Renard, ya que su especialidad era la guerra química.

—Muy bien, pero en Pierrelate ustedes estarán en condiciones de conseguirlo, partiendo de los experimentos del doctor Renard.

—Ignoramos la clase de experimentos que el doctor Renard realizaba en su castillo de Chanteclair.

—Demonios, ¿quiere hacerme creer que un hombre sólo puede producir un arma como ésa y que ustedes, docenas de sabios, no pueden lograr lo mismo trabajando en equipo? —Eso puede parecer muy extraño a muchas personas, como a usted, por ejemplo, caballero. Pero casi siempre los mayores descubrimientos se han debido a una sola mente humana. Examine la historia del mundo y lo comprobará.

—¿Ya terminó?

—Me falta anunciarle la más importante de nuestras conclusiones.

—¿Qué es ello?

—Ese gas puede afectar al ser humano.

—No sé si se sorprenderá, doctor Poincaré, pero el agente que usted ve conmigo, el señor Duc, y yo ya habíamos discutido esa

posibilidad.

—Lo que quiero decirle es que debe ser informado inmediatamente el primer ministro, ya que usted depende de él. — Puso la cartera sobre la mesa—. Aquí tiene la documentación completa con respecto al caso. Análisis, comprobaciones, hipótesis... Todo está aquí.

El viejo tomó la cartera en su mano.

—Pesa mucho.

—Son casi trescientos folios.

—No pensará que me voy a leer todo eso.

—Ya sabe lo más trascendental. Puede hacer usted un resumen. Además, imagino que tendrá empleados para que puedan leerlo por usted.

—Me gustaría oír su opinión, doctor Poincaré.

—También va incluida en el informe, pero se la diré de viva voz. Es imprescindible encontrar al doctor Renard dondequiera que se halle. Hay que evitar por todos los medios que el doctor Renard pueda fabricar su gas en beneficio de otro país.

—Eso resultará un poco difícil, doctor Poincaré, a menos que en su informe haya incluido el lugar donde podemos encontrar al doctor Renard.

—Perdone, pero según mis compañeros, carezco del sentido del humor. Si me necesita para algo, estoy a su disposición en Pierrelate.

El doctor hizo un saludo con la cabeza y salió de aquella oficina.

El viejo se apretó las sienes con la mano.

—¿Qué dice, Raymond?

—Todavía nada.

—Pues debería hablar.

—Todo lo que yo pueda decirle es lo mismo que está pensando usted.

—Sí, tiene razón. —El viejo se puso en pie y tomó la cartera—. Prefiero enfrentarme cuanto antes con el primer ministro.

—Suerte, jefe.

El viejo soltó una falsa carcajada.

—Yo sí tengo sentido del humor como usted ve, señor Duc. —Se detuvo señalando a Raymond con la mano extendida—. Pero, oígame... A mi regreso quiero que me de una idea, ¿lo entiende?

¡Una sola! Hemos de encontrar a Renard. Es lo que voy a prometer al ministro, que recuperemos al doctor Renard antes de una semana.

—¿Por qué no dice cuatro?

—¡Una semana! —rugió el viejo.

—Sí, jefe.

El viejo salió de la oficina pegando un bostezo.

Al quedar a solas, Raymond encendió un cigarrillo y se puso a pasear de un lado a otro de la estancia.

Se abrió la puerta y apareció Monique con un brazo en jarras, muy coqueta.

—Raymond, ¿me quieres hacer un favor?

—Sí.

—Quítame una carbonilla del ojo.

—No viajas en el tren.

—Bueno, quizá fue otra cosa, pero te digo que tengo un cuerpo extraño en el ojo. La joven avanzó hacia Raymond, se detuvo y levantó la cara.

—¿Qué ojo?

—El izquierdo.

—Lo tienes tan hermoso como el derecho.

—¡Oh, Raymond, qué cosas tan bonitas sabes decir! He seguido un curso de cocinera. Una amiga mía tiene una cabaña cerca de Grenoble. Me da la llave. Pasaré allí el fin de semana. Raymond, puedes venir y así practicarás tu deporte favorito, el esquí.

—Por si no lo sabes, ahora no hay nieve en la montaña.

Sonó el teléfono en la oficina de Monique.

—¿Quién será el pelma? —dijo la joven, y se dirigió a su mesa.

Después de escuchar un momento, dijo:

—Es para ti, Ray.

—¿Quién llama?

—Tu primo de Niza.

—No tengo ningún primo en Niza.

—Bueno, quizá viajó hasta allí. —Monique le pasó el auricular.

—Diga.

—¿Señor Duc?

—Sí, soy yo. ¿Quién habla?

—Su primo Marcel.

—Deje de hacer el idiota. En mi familia no hay un solo primo Marcel.

—¿Quiere que empecemos de nuevo, señor Duc?

—Empecemos.

—Soy el hombre que usted necesita.

—Prefiero una pelirroja.

—Un chiste deleznable, señor Duc... Diga otra cosa como ésa y colgaré.

—Está bien, primo Marcel. Hable. ¿Para qué lo necesito yo?

—Para encontrar al doctor Renard.

—¿Dónde está?

—Así no. Soy yo el que establece las condiciones.

—¿Cuáles son?

—Dinero.

—Ya lo suponía.

—Diez mil francos.

—Eh, primo Marcel, no somos ricos, recuérdalo, sólo somos unos empleados del Estado.

—Sé que tienen destinada una cantidad para casos de emergencia. Ustedes pueden pagar esos diez mil francos.

—¿A cambio de qué?

—De información. Si no le conviene...

—Quizá me convenga, primo Marcel.

—Ya lo suponía.

—Pero antes he de cerciorarme de que la información vale realmente el dinero que pide por ella.

—Claro que lo vale.

—Repito que lo he de comprobar.

—Usted se refiere a que ha de hablar conmigo personalmente.

—Eso es, primo Marcel.

—Sí, desde luego, es necesario nuestro contacto porque quiero que me traiga el dinero en efectivo.

—Muy bien, se lo daré. Dígame dónde me puedo ver con usted.

—Diríjase a la estación del metro de la Opera.

—¿Qué más?

—Baje allí y póngase junto al anuncio del óptico Berenger. Yo me daré a conocer.

—¿Cuándo?

—Dentro de media hora.

—Muy bien, estaré allí en menos de treinta minutos.

—Ha de ir solo. No quiero tratos con nadie, sino con usted.

¿Queda entendido?

—Sí, primo Marcel. No hay ninguna duda.

El hombre que estaba a la otra parte colgó y luego lo hizo Duc.

—Monique, me tengo que marchar.

—Eh, Raymond, ¿no has pensado que puede ser una trampa?

—Un agente del Deuxième Bureau siempre piensa que le están tendiendo una trampa. Pero ha de atenerse a las reglas que le marcan. Si cuando llegue el viejo no estoy de regreso, le cuentas el trozo de mi vida que le falta por conocer. Duc hizo un saludo con la mano y abandonó la oficina.

* * *

Raymond bajó la escalera de la estación del metro de la Opera junto con otras muchas personas.

Abajo esperaba un gentío la llegada del metro.

Se detuvo junto a la pared, ante el anuncio del óptico Berenger y encendió un cigarrillo.

Miraba a un lado y otro, observando a las personas que remoloneaban por allí. De pronto, un perro se le metió por entre las piernas y la cadena con que estaba sujeto estuvo a punto de hacerlo caer.

—Perdone, caballero —dijo una joven muy mona y elegante.

El perrito había sido esquilado dejándole supuestos adornos en la cola, en las orejas, en el trasero, en el cuello...

—«Nico» es muy travieso —dijo la joven, tratando de sonreír amablemente—, pero debo decir en favor de usted que sólo se acerca a personas que le son simpáticas.

Raymond se agachó sobre el perrito y le dio una palmada en el lomo.

El perrito tenía algo en la boca.

Duc miró una rejilla, bajo el anuncio de óptico. El perro había sacado «la cosa» de allí.

Se la quitó de un tirón y echó a correr.

—Eh, ¿qué pasa? —gritó a su espalda la joven del perrito.

Duc se abrió paso a codazos hacia el borde del andén.

Arrojó el paquete que tenía en la mano hacia las dos vías, cuando vio que no circulaba ningún tren.

Por fortuna cayó bastante lejos, cerca del túnel.

Sobrevino una explosión.

En la estación cundió un pánico indescriptible.

Algunas mujeres se desmayaron y muchos hombres echaron a correr.

Duc ganó la escalera y levantó los brazos.

—¡No hace falta que huyan...! ¡Permanezcan tranquilos! ¡Ya pasó todo!

La joven del perrito se acercó con el animal en los brazos.

—Oiga, ¿qué fue lo que encontró mi perro?

—Una bomba de plástico.

La jovencita dio un chillido histérico y se puso a dar besos en la cara a «Nico».

—Pobrecito mío, ha estado a punto de morir... ¿Qué hubiese sido de mí sin mi perrito bonito?

—Permítame, señorita —dijo Raymond y también dio un beso eh la frente del perro, porque gracias a «Nico» había salvado la vida.

* * *

—El primer ministro me ha dicho que una semana es un plazo demasiado largo para que encontremos al doctor Renard —dijo el viejo, tabaleando con los dedos sobre la mesa.

—Quizá haya suerte, y los muchachos logren encontrar al tipo que hizo la bomba. —Sí, pero eso no significa nada. El que la fabricó dirá que no sabe nada del caso Renard. No, Raymond, usted sabe tan bien como yo que ése no es el camino.

—Quizá yo de con la pista.

—¿De qué modo?

—Quieren matarme, jefe.

—Sí, eso ya lo sé, estuvieron a punto de conseguirlo en esta estación del Metro.

—Me voy a ofrecer como cebo.

—¿Qué quiere decir?

—Que saldré esta tarde a la calle como un parisién cualquiera que decide divertirse.

Quizá haya suerte e intenten otra vez matarme...

—Suponga que se equivoca y que lo dejan en paz.

—Jefe, yo he argumentado de la siguiente forma. Tienen al doctor Renard y también a su hija, ¿por qué entonces han intentando liquidarme?

—No lo sé.

—La respuesta es sencilla. Ellos consideran que soy el hombre del Deuxième Bureau que les puede hacer fracasar.

El viejo miró a Duc con un solo ojo porque cerró el otro.

—Se cree indispensable aquí, ¿eh, Raymond?

—No soy quien lo dice, recuérdelo. Es la forma de pensar de ellos.

—Está bien, ya puede salir a la calle. Dos agentes lo seguirán.

—Si hace tal cosa, no ganaremos nada. Ellos son también astutos y sabrán que estoy vigilado. No, patrón, he de ir sin niñera. Buscaré a una muchacha para que me haga compañía, visitaré unos cuantos locales nocturnos, beberé, y bailaré con la chica como si sólo pretendiese pasar el rato.

—Está bien, llévese a Monique, pero no se le ocurra contarle nada.

En aquel momento llamaron a la puerta y el viejo autorizó la entrada. Era Monique.

—Jefe, ¿me puedo ir ya?

—Sí.

—Hasta mañana.

El viejo hizo un guiño a Duc, y éste dijo:

—Yo también me marchó, jefe. Le haré una llamada esta noche.

Alcanzó a la joven en el corredor.

—Te acompañaré.

—¿Tú?

—Sí, ¿qué tiene de particular?

—Me partes el corazón con tu gesto. Hace siete meses que no sales conmigo de la oficina.

—Pura casualidad, hoy hemos coincidido en la hora de la salida.

Ya en la calle, Duc tomó a la joven del brazo.

—A propósito, ¿tienes plan para esta noche?

—Sí, iba a cenar en mi casa, a tomar un baño, a lavarme los dientes y a acostarme.

—Entonces te invito a cenar conmigo.

—Raymond, qué gran idea. Cocinaré para ti en tu apartamento.

—No, querida, ya me demostrarás en otra oportunidad tus magníficas condiciones como cocinera. Hoy cenaremos en un restaurante. Conozco un lugar maravilloso. Te gustará. Poca luz, música romántica...

Monique parpadeó.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, creo que sí.

Mientras Duc la impulsaba hacia su auto, Monique dijo:

—Seguramente debió ser la onda de la explosión. Te afectó la cabeza.

* * *

Estaban cenando en el restaurante que Raymond había elegido.

Todas las mesas estaban ocupadas.

Un violinista vestido de húngaro interpretaba una melodía.

—Ray —dijo Monique—. Prométeme que me traerás aquí de vez en cuando.

—Seguro, nena, cada vez que... —se interrumpió porque iba a decir «cada vez que amenacen mi vida» y agregó—: Cada vez que me sienta nostálgico de tu presencia. —Qué cambiado estás, Ray... Si me entero de quién es el tipo que te puso la bomba de plástico, lo voy a contratar.

De pronto un rayo de luz iluminó la mente de la joven. Dejó caer el tenedor en el plato.

—Ahora lo comprendo.

—Sí, esta música cuesta de comprender un poco.

—¡No me refería a la música, asesino!

—Eh, ¿qué es lo que estás diciendo, Monique?

—Es lo que eres. ¡Un criminal!

Algunas personas se habían vuelto porque Monique no hablaba muy bajo.

—Cuidado, que te están oyendo.

—No me importa. Todo el mundo debería saber la clase de tipo

que tú eres.

A espaldas de Ray, una mujer había girado completamente la cabeza. Raymond le sonrió.

—Es mi esposa, de vez en cuando le dan ataques.

—No soy tu esposa —exclamó Monique.

Duc habló con la mujer de al lado.

—Bueno, la verdad es que no nos hemos casado, pero le aseguro que no tenemos ningún hijo.

—Me has traído aquí como cebo —dijo Monique—. Anda niégalo.

Duc se pasó una mano por la cara. Ya no tenía fuerzas para dar explicaciones a la señora que estaba a su espalda. Se inclinó sobre la mesa para hablar con su compañera.

—Oye, Monique, se supone que tú eres una valiente agente del Deuxième Bureau.

—Soy una oficinista —hizo una mueca como si fuese a echarse a llorar—. Una humilde oficinista que va a saltar en pedazos dentro de un rato... Y ni siquiera tendré un ataúd... Mis restos cabrán en un pañuelo.

—No te preocupes, esa gente falló con la bomba de plástico... Si se deciden utilizarán la metralleta..., o el veneno.

Los dos miraron la comida que había en sus platos.

—Oh, Ray, ya siento dolor en el estómago. Eso es lo que han hecho. ¡Nos han envenenado!

—¡Cálmate, es sugestión!

En aquel momento, la mayor parte de las parejas que había en el local se levantaron.

Un hombre habló:

—Vuelvan al autobús, damas y caballeros. Nos dirigiremos a visitar el Museo de Figuras de Cera de *madame* Trusand.

—Sigue comiendo, Monique —dijo Ray.

—No tengo ganas.

—Pues oye la música.

—Tampoco tengo deseos de ello.

—Se me ocurre una idea para que nos divirtamos —pagó la comida y tomó a Monique del brazo saliendo en pos del grupo.

El hombre que había voceado el museo de *madame* Trusand estaba en la calle.

—Eh, amigo —dijo Ray—, ¿hay asiento para nosotros?

—El autobús está contratado.

Duc le enseñó unos billetes y el tipo dijo:

—Justamente hay dos vacantes, una pareja demasiado impresionable se dio de baja porque no quiere ver los asesinos de cerca.

Monique dio un grito.

—Eh, Ray, ¿adónde me llevas?

—Nena, allí podremos relajarnos. Son seres sin vida, inanimados...

—Quiero irme a mi casa... —gimió la joven.

Pero ya habían subido al autobús y Raymond la empujó hacia los dos asientos dejados vacantes por la pareja impresionable.

* * *

—Vean a Landrú —dijo el guía—. El hombre que más mujeres ha despachado, incluyendo a Enrique VIII... Observen la cara típica del criminal nato...

—Raymond —murmuró Monique—, ese Landrú no hubiese tenido nada que hacer conmigo. ¿Cómo es posible que con esa barba gustase a las mujeres?

—En aquel tiempo casi todos los hombres llevaban barba. Era un encanto que hemos suprimido porque ya teníamos demasiados.

—Ver tantos asesinos juntos me da frío.

—Pero tienes una seguridad, ninguno de ellos puede matarte.

—¿Estás seguro? Alguno de estos tipos parece que va a hablar.

—Sólo tienes que fijarte en sus ojos, son de cristal.

—Pues yo juraría que alguno me mira... Eh, ¿por qué no vamos con los demás?

—Porque quiero darte un beso.

—¿En este lugar?

—Creo que es el mejor. ¿No te parece?

Habían tirado por un corredor en el que se exhibían asesinos de menor importancia.

—Eh, Ray, he visto una artista del cine.

—¿Entre el público?

—No seas tonto, en los muñecos. Está allí en aquel rincón.

—¿Ves? En este museo no todos son asesinos.

Duc se detuvo de pronto. Había visto moverse una sombra en un rincón.

Unas cuantas parejas les habían precedido. Podía tratarse de alguna de ellas, pero también podía ser alguien que lo estuviese esperando allí para matarlo.

—¿Por qué nos paramos? —preguntó Monique nerviosa.

—Es aquí donde quiero besarte, el mejor lugar...

La rodeó por la cintura y dio un pequeño tirón de ella. Sus bocas quedaron unidas. Monique no pudo cerrar los ojos porque acababa de ver una cara que la miraba, la de un tipo que sonreía enseñando los dientes.

Quiso gritar pero no pudo porque Ray la estaba besando.

Al fin, Duc se apartó porque tenía que respirar.

—¡Cuidado, Ray!

Duc miró la efígie que Monique señalaba.

—Es Jack *el Destripador*, querida.

—¿También está muerto?

—Suponen que murió hace muchos años.

Duc prestó atención a la sombra de la esquina. Ya había desaparecido.

Monique estaba mirando atentamente la cara del Destripador.

—Sí, Ray, tienes razón, sus ojos son de cristal. Pero ¿sabes lo que te digo? Vamos con los otros, necesito gente a mi alrededor.

—Te creía más llena de sentimiento.

—Dime eso cuando estemos a solas en la oficina y te demostraré cuál es mi capacidad para amar. Pero no aquí, rico. Me podrías estar besando toda la tarde y yo seguiría tan fresca como una foca en el polo.

Echaron a andar.

Duc miró el rincón donde había visto la sombra. No había nadie. Eso le indicaba que quizá no estuviese equivocado, que allí había estado el asesino. En tal caso, ahora estaría escondido en otra parte, a la espera del momento propicio.

Monique tropezó con un hombre, le tocó la cara y dio un grito.

—¡Es un ser humano, Ray!

—Claro que soy un ser humano. ¿Por qué no se fijan más por dónde andan?

El desconocido levantó la barbilla y se marchó hacia la sala desde la que llegaba la voz del guía.

Monique, que se había abrazado a Duc, dejó caer los brazos y dijo con voz desfallecida:

—Es mi negra suerte... Estoy esperando que me invites a cenar semanas y semanas, y, el día que se te ocurre hacerlo, me traes al museo de figuras de cera...

—Tranquiliza los nervios.

—¿Crees que puedo lograrlo en un sitio como éste...?

—Para compensarte, luego te llevaré a bailar.

—Pues marchémonos enseguida no vaya a ser que no encontremos sitio.

—Espera un poco.

—¿A qué hemos de esperar? ¿A que uno de estos asesinos me apriete el cuello con las ruanas?

—Ninguno, de ellos puede apretar el cuello.

—Tengo mis dudas.

—Anda, no seas chiquilla y unámonos a las otras parejas.

Fueron a la sala cercana, pero allí ya no quedaba nadie.

—Eh, Ray, ¿y si nos perdemos por aquí y no encontramos la salida? ¡Hasta podrías cerrarnos la puerta...! ¡No me puedo imaginar pasando aquí la noche!

—Tampoco yo lo puedo imaginar. Anda, vamos ya.

Echaron a andar y Monique dio un nuevo traspié, justo cuando llegaban a donde habían trabado, minutos antes, conocimiento con Jack *el Destripador*.

La joven tocó una de las piernas de Jack *el Destripador* y se levantó ayudada por Duc, el cual dijo:

—Si le contase todo esto al jefe te daría de baja en el servicio, Monique. Tú, una empleada del Deuxième Bureau en un lugar como éste...

La joven se había quedado de muestra. Había tocado una pierna, la de Jack *el Destripador*. ¿De qué materia estaría hecha aquella extremidad inferior que parecía ser carne de verdad? ¿Sería algún plástico?

—Salgamos de aquí —dijo Duc y siguió andando hacia el fondo.

Pero Monique siguió clavada en el mismo sitio, mirando los ojos de Jack *el Destripador*.

—Eh, Ray, tú dirás todo lo que quieras, que estos ojos son de cristal, pero a mí me parece que tienen vida.

—No digas tonterías.

La joven fue a ir tras él pero se quedó quieta al ver la cosa más extraña de cuantas había visto allí hasta aquel momento. Estaba segura de haber visto a Jack el *Destripador* con un cuchillo, pero ahora el asesino inglés tenía una pistola...

CAPÍTULO X

Monique se dio cuenta de otra cosa. Aquel hombre no tenía la misma cara que el Jack *el Destripador* que había visto antes.

La pistola estaba apuntando a la espalda de Raymond.

Saltó sobre el hombre lanzando un grito.

Duc se volvió y quedóse atónito al ver que Monique caía en el suelo junto con uno de los muñecos.

Sonó un estampido y la bala le pasó por encima de la cabeza.

—¡Ray, que nos matan! —chilló Monique.

Pero Duc ya estaba corriendo.

Descargó el puño sobre la cara del tipo, y, cuando éste trató de incorporarse, lo volvió a cazar entre los dos ojos.

El individuo dio un suspiro y quedó desmayado.

Ray le quitó la pistola y la guardó en el bolsillo.

Ayudó a levantarse a Monique, cuya cara estaba blanca como el yeso. Le señaló el lugar donde había estado el asesino sustituyendo a Jack *el Destripador*.

—Conque todos tenían los ojos de cristal, ¿eh? —pudo decir al fin.

Raymond se rascó la nuca.

—Bueno, lo importante es que lo cazamos.

—Eh, Ray, ¿no eres que habrá otro por aquí?

—Dos serían demasiado.

—Pues yo tengo la impresión de que todos los tipos que están aquí nos miran.

—Eso te pasaba antes.

Un tipo con bigotes de morsa llegó corriendo.

—¿Qué ha pasado?

—No se preocupe, soy policía —mostró su credencial.

—¿Deuxième Bureau? Dios mío, esto va a ser el descrédito de mi casa.

—Todo lo contrario, lo autorizamos para que diga *que* un peligroso asesino fue cazado en este lugar.

El hombre que lo había intentado matar comenzó a volver en sí. Frisaba en los treinta y cinco años y era robusto de piel morena y cabello rizado.

—¿Cuál es su nombre, amigo? —preguntó Duc al vigilante del museo.

—Henri, señor policía.

—Cuide de que nadie nos moleste. Tengo que hablar con mi pupilo.

—Sí, señor, nadie lo molestará, no se preocupe, ésta era la última visita, íbamos a cerrar... Los esperaré en la puerta para cuando salgan.

—Gracias.

El desvanecido ya había vuelto en sí. Estaba sentado en el suelo mirando a un lado y otro, un poco perplejo porque a él le hubiese pasado aquello.

—Oh, perdonen —dijo—. Me obsesioné con los asesinos que veía por todos lados y quise ocupar el lugar de uno de ellos. Hubiese querido que alguien me hiciese una fotografía para enviarla a la familia.

—¿Cuál es tu nombre?

—René Chartiel.

—René, yo no soy ningún estúpido, eso es lo primero que debes meterte en la cabeza.

Ha bastado que abras la boca para que reconozca tu voz. ¿Cómo estás, primo Marcel?

—No sé a qué se refiere.

Duc le pegó con el dorso de la mano en la boca y René dio un chillido.

—Te he reconocido, primo Marcel. ¿Quieres que te recuerde la conversación que sostuvimos por teléfono? Nosotros nos debíamos reunir en la estación del metro de la Opera. Me preparaste una buena bomba de plástico, y, ¿crees que eso es decente?

—Oiga, señor Duc, le aseguro que deseé que la bomba no le hiciese daño.

—Eres un retrasado mental. Aunque no me hubiese hecho daño a mí, otras personas inocentes lo hubiesen pagado. Pero no hablemos de eso ahora. ¿Quién te pagó para quitarme de en medio?

—Un hombre.

—¿Qué hombre...? Te voy a hacer otra advertencia, no me gustan los interrogatorios largos, de modo que, empieza a soltar carrete y no te pares hasta que yo te diga.

¿Estamos de acuerdo, o necesitas que te eche un par de dientes abajo?

—Fue Jean Forges, pero no tiene necesidad de buscarlo. Se marchó. —¿Adónde?

—No me lo dijo. Su avión salió hace una hora.

Ray lo atrapó por el cuello.

—Le juro que no le engaño, señor Duc.

—Voy a comprobar si ese Jean Forges se marchó en un avión como dices, y, si me engañas, te juro que te lo haré pagar. ¿Qué avión tomó?

—Uno para Turquía.

—¿Qué parte de Turquía?

—Ankara.

—¿Y por qué Jean Forges tenía interés en que yo muriese?

—El había recibido la orden de otra persona y no me pregunte quién es porque no lo sé.

—Te lo voy a preguntar.

—Le juro que no lo conozco.

Monique se había apartado de ellos y, dándoles la espalda se estaba pintando los labios, aunque las manos le temblaban mucho.

—¿Dónde está el doctor Renard, muchacho? —preguntó Ray.

—¿El doctor Renard? ¿Quién es ese doctor?

Duc le abofeteó dos veces.

—Yo te voy a refrescar la memoria. El doctor Renard tenía instalado su laboratorio en el castillo de Chanteclair. Tus amigos asesinaron a la señora Renard y a un criado. Secuestraron al doctor Renard y lo llevaron a alguna parte.

—Oiga, es como si me hablase en japonés. Le repito lo que le he dicho. Jean me pagó mil francos, yo sólo tenía que quitarlo a usted de en medio.

—¿Quién es tu cómplice?

—¿Cómplice? —René lo dijo con sarcasmo—. Yo nunca trabajo con cómplices...

—Sí, ya sé que eres un tipo muy aseado...

—Oiga, agente, no le hice nada, sólo me puede acusar de intento de asesinato, y, ¿quién va a demostrar eso? No tengo nada que ver con la bomba de plástico, y ya lo ve, aquí hay muchos asesinos, quise hacer un papel.

—En cuanto te lleve a la oficina del jefe vas a confesarlo todo, lo de la bomba de plástico, tu segundo intento aquí con la pistola y luego estamparás tu firma completa.

—¿Estamos de acuerdo, René? —Lo levantó en vilo.

Éste vio la cara del agente y se estremeció de pies a cabeza.

—Sí, señor Duc, confesaré, no se preocupe...

* * *

—Todo lo tienen bien organizado —dijo el viejo—. Atrapas a un prisionero y no te puede decir nada porque ya está muerto y, si lo cazas vivo, es lo mismo porque su información es muy corta. A propósito, Ray, llegó un informe de nuestros colegas. Longaroni tiene un hermano aquí en París, toca la guitarra en Saint Germain-des-Prés, en una cueva, Le Trou.

—Eso es interesante.

—No lo creo, Raymond. Gino Longaroni, que así se llama el guitarrista apenas se trataba con su hermano. Sólo llamó a la policía para ocuparse de su entierro.

—¿Lo interrogó ya la policía?

—Sí, Gino dice que vio por última vez a su hermano hace diez años.

—Yo también lo interrogaré. Nada se pierde con intentarlo, me servirá de entretenimiento. Además, debo una invitación seria a Monique.

—Estaré en casa, aunque imagino que no habrá ninguna novedad en lo que resta de noche.

Ray se despidió de su jefe y salió a la oficina de Monique, a quien sorprendió subiéndose una media.

—¿Vienes conmigo, Monique?

—¿Adónde?

—A una cueva de Saint Germain-des-Prés. Bailaremos.

—Ray, ¿es cierto? ¿No me llevarás a un lugar parecido a ese museo de figuras de cera?

—No seas refunfuñona y vamos a divertirnos un rato.

Le Trou no era ni más ni menos que cualquiera de las cuevas de Saint Germain-des-Prés.

Se llegaba al fondo por una escalera de caracol con barandilla de hierro.

El local estaba lleno de público y de humo.

En el centro se movían las parejas dificultosamente, marcando el ritmo inexistente de una música que no se oía, o que interpretaba una orquesta que había al fondo.

Duc vio al guitarrista, un tipo de unos cuarenta años, regordete.

—Vamos a bailar, muchacha —dijo Duc atrapando a Monique y lanzándose entre aquel mar de gente.

—Eh, yo quisiera antes alegrarme un poco con cuatro o cinco *whiskys*.

—Ya habrá tiempo para todo.

Raymond se abrió paso hacia la orquesta, pidiendo perdón a un lado y otro.

—Eh, Ray, bailas condenadamente mal... Podrías imitar un poco a estos muchachos. ¿No ves cómo arriman la cara a su pareja? Es así como se baila aquí, intercambiando bacilos. Terminó la pieza y los músicos dejaron sus instrumentos porque había llegado el momento de descansar un rato.

—Eh, Ray, vámonos al mostrador antes de que se llene.

—Ve tú, enseguida me reúno contigo.

—¿Es que quieres que me atrape uno de estos barbudos?

—No te harán daño, son inofensivos. Acabo de ver a un amigo con el que tengo que hablar, pero sólo será un par de minutos.

—¿A qué amigo te refieres? No tienes ninguno aquí.

—Al guitarrista. Sé buena chica y pide los cinco *whiskys*, pero guárdame al menos uno. Raymond se dirigió al guitarrista que estaba encendiendo un cigarrillo junto a su silla.

—¿Gino?

El italiano alzó los ojos.

—Sí.

—Mi nombre es Raymond Duc. Policía.

—Ya hablé con ellos.

—Pero no lo hizo conmigo.

—¿Importa eso?

—Es posible que sí. Por si no lo sabe, yo soy el policía que encontró a su hermano.

—¿Usted?

—Sí. Antes de morir tuvo oportunidad de decirme unas palabras; que lo habían herido en un castillo.

—No me extrañó su final. Siempre estuvo metido en líos... De pequeño fue a un correccional y luego no dejó de visitar la cárcel.

—Lo de esta vez es un poco más complicado.

—¿En qué sentido?

—Le he dicho antes que hirieron a Arnoldo en un castillo. ¿No se lo contaron los de la policía?

—Sí. Que este castillo era de un doctor, salió por los aires, hubo varios muertos, pero que la culpa fue del dueño del castillo, que tenía instalado allí un laboratorio.

—La explosión no fue casual. Ocurrió poco después de que su hermano fuese herido allí. —Si lo que trata es de aclarar en qué se ocupaba mi hermano, le diré que no sé una palabra de eso. ¿No le contaron que él y yo no nos veíamos desde hace diez años?

—Sí, me lo dijeron, pero pensé que podría recordar algo.

—¿Quiere que le cuente la vida de mi hermano, de mis padres, de mis abuelos, o prefiere conocer nuestras correrías infantiles cuando íbamos a la escuela?

—Sólo me interesan las relaciones de su hermano con los personajes que intervinieron en el drama del castillo de Chanteclair.

—Ya le he dicho...

—Espere un momento, Gino. Los policías con quienes habló no le dijeron algo.

—Me lo contaron todo.

—No, hay algo que no le pudieron explicar.

—¿Qué, por ejemplo?

—El doctor que murió en el castillo se dedicaba a ensayos de tipo atómico. Logró uno sensacional, un arma mortífera superior a la bomba de hidrógeno...

—¿Me va a contar una de miedo?

—Le estoy diciendo la verdad, Gino. No estoy autorizado para divulgar esto pero con usted haré una excepción.

—¿Por qué va a hacer esta excepción conmigo?

—Porque creo que sabe más de lo que dice.

—Psicólogo, ¿eh?

—Un agente del contraespionaje ha de saber de todo un poco, si quiere vivir algunos años.

—Está bien, termine lo que iba a decir. ¿Qué descubrió ese doctor?

—Un arma mediante la cual puede reducir el ser humano al tamaño de su dedo índice.

—¿Eh?

—Oyó bien, Gino. Con una rociada de cierto gas quedaríamos reducidos al tamaño de los saltamontes.

Gino se echó a reír pero vio la cara de Ray y poco a poco se quedó serio.

—¿Es cierto, Duc?

—Sí, puede estar seguro de que no le engaño.

Éste se pasó el dorso de la mano por la mejilla.

—Vi a mi hermano.

—¿Cuándo?

—Hace unas semanas. Estuvo aquí, pero es verdad que no lo había visto antes. Un amigo común le dijo que yo estaba en este local trabajando... Quizá le sirva de algo lo que él me dijo. —Hable.

—Había estado en Baviera, en cierto lugar.

—¿No sabe en qué sitio concreto de Baviera...?

—Espere a ver si lo recuerdo... Algo parecido a Rumach... Pero no era Rumach...

Krumbach, eso es.

—¿Le explicó algo respecto a lo que había ido a hacer allí?

—No, sólo que estaba metido en un negocio en el que ganaba mucho dinero, tanto que pensaba retirarse pronto. Pero le faltaba dar un golpe. También agregó que se iba a casar muy pronto con una mujer, Solange.

—¿Le nombró a un tipo llamado Otto?

—No.

—¿Le habló algo del doctor Renard?

—Tampoco. Sólo me dijo que volvería por aquí dentro de unos

días y que para entonces sería un respetable caballero, un hombre de negocios.

—¿Algo más?

—No, eso fue todo.

—Gracias, Gino. Ahora le quiero pedir que no informe a nadie acerca de lo que hemos hablado.

—No se preocupe, tengo pocos amigos y, cuando hablo con ellos, prefiero otros temas menos terroríficos.

Raymond le dio las gracias y se abrió paso entre la gente hacia el mostrador.

Monique había conquistado a dos barbudos y tenía ante ella seis vasos de *whisky*, cuatro de ellos ya vacíos.

Duc tomó los dos vasos llenos.

—Eh, Ray, deja eso.

—Ya bebiste demasiado.

—No he hecho más que empezar.

—Nos vamos. —Ray despachó los dos *whiskys*.

—¿Adónde?

—A casa.

—Oh, no, de ninguna manera. Yo me quedo aquí... Tengo ganas de divertirme... Cualquiera día me convertiré en una solterona por culpa de los hombres con los que me tengo que relacionar todos los días... ¿Qué va a ser de mi juventud? Ray, mírame, soy como una flor marchita...

Ray pagó el importe de las bebidas.

—Vámonos.

—Eh, amigo, ella dice que se queda —dijo uno de los barbudos.

El segundo de éstos le puso la mano en el otro hombro.

Raymond miró a ambos.

—Hermanos, apártense.

—Ella se queda y usted se marcha.

—Ella se viene conmigo y eso está decidido, hermanos.

—¿Quiere que le rompamos los huesos?

Monique se echó a reír. Estaba mareada.

—Eh, Ray, tengo dos buenos defensores.

Duc levantó los puños al mismo tiempo golpeando en los maxilares de los barbudos y ambos se vinieron abajo. Ninguno de ellos se levantó.

—Ray, ¿qué has hecho? ¡Eran mis admiradores! ¡Uno se me declaró y otro estaba a punto de hacerlo! ¿Qué va a ser ahora de mis hijos?

Ray atrapó a la joven por las piernas y se la colgó a la espalda, echando a andar hacia la puerta.

—¡No puedes hacer esto! ¡Tengo ganas de divertirme! ¡Quiero bailar, reír, disfrutar ahora que soy joven!

Raymond no le hizo ningún caso y continuó su camino hacia la calle.

CAPÍTULO XI

Solange paseaba por su habitación como una ñera enjaulada. Se retorció las muñecas.

—¡No lo puedo resistir más! —corrió hacia la puerta y dio un tirón.

Se detuvo porque en el umbral estaba el profesor Schroeder.

—¿Qué te pasa, querida?

—Iba en tu busca.

—¿Para qué? —Éste pasó a la habitación y cerró la puerta.

—Se me terminó la medicina.

—Qué pena... Yo te di para dos días.

—Acabé la ración un poco antes... He pasado muy malos ratos... Preciso inyectarme ahora, Frank, te juro que lo necesito.

—Me hago cargo —dijo él.

—Ordena a uno de los hombres que me la traigan. Por favor, Frank, no puedo esperar más...

Pero el profesor se dirigió hacia la ventana y miró fuera, con las manos a la espalda.

—¿Me contaste toda la verdad con respecto a Arnoldo Longaroni?

—Claro que sí.

—Repíte la historia.

—¿Por qué, si ya te lo dije todo? Ahora necesito la medicina.

—Repíte la historia y tendrás la hipodérmica y otra caja...

—Arnoldo tenía un plan para hacerte chantaje. Quería que él y yo secuestrásemos al doctor Renard por nuestra cuenta. Lo habríamos llevado a una cabaña cerca de Hamburgo. Luego nos habríamos puesto en contacto contigo y te pediríamos cien mil dólares.

—¿Qué más?

—Por favor, ya lo sabes todo.

—Continúa he dicho. ¿Por qué te eligió a ti como cómplice y no a Otto?

—Estaba enamorado de mí. Me propuso que nos casásemos.

—¿Y tú qué hiciste?

—Le pegué una cuchillada cuando íbamos hacia el castillo.

—Y lo mataste, ¿verdad?

—Sí.

—¿Lo comprobaste?

—¿Qué?

—He dicho si comprobaste que estaba muerto.

—Le hundí el cuchillo en el pecho... Claro que estaba muerto.

Frank se volvió bruscamente. Sus ojos eran dos brasas.

—Le clavaste el cuchillo en el pecho y echaste a correr. No te cercioraste de si estaba muerto.

—Te repito que lo estaba.

—Sólo es una suposición tuya.

—Pero ¿qué pasa, Frank?

—¿Te das cuenta de que Arnoldo estuvo aquí?

—¿Y qué?

—Supón que sólo hubiese quedado moribundo, que hubiese hablado con alguien.

Solange se estremeció. Sí, Arnoldo había hablado con alguien antes de morir, justamente con el hombre más peligroso, el menos deseable, con Raymond Duc, el agente del Deuxième Bureau. Tan peligroso que ni siquiera Otto había podido con él a pesar de que le disparó al corazón.

—¿Qué tienes que decir, querida? Estoy esperando tu respuesta... Creí que el Deuxième Bureau había intervenido en el caso después de la explosión del castillo pero ahora sé que no fue así. He pedido información acerca de Raymond Duc y me he enterado de algo importante. Cuando llegasteis al castillo, Raymond Duc estaba haciendo una cura de reposo en un lugar cerca de Chanteclair, exactamente en la posada del Caballo Blanco. Solange y Otto tenían miedo a Frank, y por eso no le habían contado la verdad sobre la aparición de Raymond en el castillo antes de que éste fuese destruido.

—Frank, no puedo más... Tengo la impresión de que me están clavando una lanza en el estómago... Dame tú mismo la inyección.

—Habla primero.

—Hablaré después, te lo juro, te lo contaré todo.

—Has de decírmelo ahora.

—No tengo fuerzas.

—Te juro que las vas a tener.

Solange acudió junto a Frank y dejóse caer a sus pies.

—Frank, te aseguro que no puedo más...

—¿Cómo entró en contacto el agente del Deuxième Bureau con nuestro asunto?

—Habló con Longaroni.

Frank se agachó atrapando a Solange por el cabello.

—¿Es cierto, maldita?

—Pero no tienes que preocuparte, Frank. Arnoldo no le pudo decir nada, sólo que había sido herido en el castillo. Eso no fue verdad, pero él lo dijo para indicar el lugar donde yo estaba.

—¿Qué pasó luego?

—Raymond Duc vino al castillo.

—De modo que se informó de todo.

—No se enteró de nada. Quería hablar con el doctor Renard. Naturalmente, éste ya estaba sin conocimiento, con Otto. Otto había amenazado al criado con matar a su dueño si no obedecía... Fue el criado quien le abrió la puerta a Raymond. —Solange hablaba entre jadeos.

—Continúa.

—Me hice pasar por la señora Renard y recibí a Raymond. Quería investigar lo de Arnoldo. Dijo que había muerto poco después de pronunciar aquellas pocas palabras. Otto se presentó, dejó sin conocimiento al agente y le pegó un tiro en el pecho, pero no comprendo lo que ocurrió... Tenía que haber quedado muerto.

—Pero no murió. Quizá Otto estaba de acuerdo con él.

—No, eso es imposible. Sólo cabe una explicación, que la bala fuese obstaculizada en su camino por algo que Duc guardaba en el bolsillo.

—En resumen, que vuestro trabajo fue deleznable. Longaroni debió decir algo a Duc algo acerca de mi escondite.

—No, eso es imposible.

—Demuéstrame que me equivoco.

—Es la mar de sencillo. Hasta ahora en Deuxième Bureau no han tenido ninguna pista... Tú mismo lo has confesado; están ciegos...

Frank se quedó pensativo.

—Sí, es posible que tengas razón, pero ha podido ocurrir otra cosa.

—¿El qué?

—Arnoldo pudo decir alguna frase que Raymond no entendió y es posible que el agente esté investigando, dándole vueltas al asunto, y que en el momento más inesperado logre dar con la clave.

—No, Frank, ¿por qué has de pensar en eso?

—Está bien, lo haremos con optimismo.

—Sí, Frank, es mucho mejor así. Con optimismo. ¿Me vas a dar ahora la medicina?

—No.

Solange agrandó los ojos.

—Frank, ¿qué dices?

—Es el castigo que te voy a imponer.

—No puedes castigarme así. No lo merezco... Necesito la droga como el aire que respiro.

—Tendrás que pasar el resto del día sin ella. No te la daré hasta mañana.

Solange miró hacia la ventana. El sol caminaba hacia su ocaso.

—Pronto se hará de noche, Frank. Tú no lo puedes comprender... Es horrible... No necesitas la droga como yo... Frank, no me castigues así... Sería horrible, espantoso... Dame sólo la mitad, ¿lo ves? Me conformo con la mitad.

—No te haría nada. Tú necesitas una dosis como la que estás acostumbrada a recibir.

Pero no vas a tener siquiera la mitad.

Frank pegó una bofetada a Solange apartándola de sí y echó a andar hacia la puerta. Solange se levantó y echó a correr en pos del profesor Schroeder.

—Frank, párate.

Pero éste cerró desde el corredor.

Solange trató de abrir pero en ese momento echaron la llave.

—¡No, Frank, vuelve! ¡Necesito la droga! ¡La necesito!

El profesor Frank von Schroeder entró en el laboratorio, encaminándose hacia el panel donde estaba el cuadro de mandos ante el que trabajaba el doctor Renard. Oyó un zumbido que poco a poco iba ganando en intensidad.

—¿Por qué marca ese manómetro noventa grados, doctor Renard?

El doctor volvió la cabeza.

—Es necesario.

—¿Para qué?

—Me sirve como catalizador.

—Quedamos de acuerdo en que hoy me proporcionaría la primera muestra de gas.

—Tendremos que esperar unos días. Hubo un fallo.

—¿Qué clase de fallo?

—No se produjo el bombardeo de neutrones.

Frank von Schroeder se echo a reír.

—¿A quién pretende engañar, doctor Renard?

—No le miento.

—Claro que lo hace. ¿Olvida usted que mi cerebro es comparable al suyo científicamente hablando? Usted sólo tuvo un poco más de suerte que yo, recuérdelo —se dirigió a una de las llaves de mando y dio una vuelta a la izquierda.

La aguja del manómetro que marcaba los noventa grados empezó a descender.

—Tendrá su bombardeo de neutrones. Y ya le dije al principio que hace muy mal en sabotear el experimento. Haré que se arrepienta de cualquier otro fallo.

—Se me ocurre otra cosa. Suponiendo que el experimento me salga bien y consiga una muestra de gas, ¿dónde piensa acumularlo para llevar a cabo sus planes? Me temo que no fue usted previsor en todo, profesor. Usted necesitaría unos depósitos enormes para guardar las bombas de gas y, naturalmente, los recipientes adecuados. He mirado en el laboratorio y con los tres depósitos sólo tiene suficiente para un bombardeo de un área de unos quinientos kilómetros cuadrados.

Frank continuó sonriendo.

—Profesor, le voy a enseñar algo que usted no ha visto hasta ahora.

El doctor Renard fue tras de Frank von Schroeder, el cual se detuvo ante un extintor contra incendios que estaba colocado junto a un hueco. Abrió la portezuela y tocó un botón que estaba disimulado tras del extintor. Ante los ojos asombrados de Renard, un trozo del muro se movió sobre carriles.

Pero lo que vio más allá del hueco le dejó la sangre helada. Allí había una nave de más de doscientos metros de ancho y unos trescientos de largo. Toda ella estaba ocupada por bombonas para contener gas.

—¿Qué le parece, doctor Renard?

—Aún así, lo considero insuficiente.

—¿Quiere que le abra el otro almacén? ¿O prefiere ver el tercero o el cuarto? Le dije que planeé esto durante cinco años.

—Profesor Schroeder, esto exige una cantidad de dinero fabulosa, ¿cómo ha podido hacerlo sin que nadie haya sido informado?

—Este refugio estaba ya hecho.

—¿Cómo?

—Otros tres sabios y yo conseguimos de Hitler este laboratorio secreto. Aquí deberíamos experimentar lo que usted ha conseguido. En aquellos tiempos, mis compañeros y yo éramos grandes entusiastas, pero demasiado jóvenes. Creíamos que en cuestión de meses podríamos dotar a Hitler del arma decisiva que usted logró... Pero pronto nos dimos cuenta de que resultaba mucho más difícil de lo que habíamos calculado. Defraudamos a nuestro Führer cuando le anunciamos que no estábamos en condiciones de conseguir el gas 235, que necesitaríamos al menos un par de años. Desgraciadamente, la guerra tocaba a su fin. Alemania estaba derrotada, se acercaba el final. El Führer me destinó a un campo de prisioneros. Mis tres compañeros murieron, uno, en una ciudad durante un bombardeo; otro, en el propio campo donde prestaba sus servicios, víctima de cáncer, y el tercero ahogado en un río, cuando trataba de huir hacia Austria. Sólo yo salí bien parado inventando mi historia, enviando aquella carta a mi mujer, la perfecta carta de un traidor.

Hizo una pausa y miró con ojos entornados aquella inmensa

nave, donde se encontraban las bombas vacías, unas naves que algún día contendrían el gas 235.

—Me refugié aquí. Las entradas habían quedado cerradas, pero yo me las arreglé para abrirme paso por una de ellas.

—A pesar de todo, su laboratorio está muy modernizado. No puede convencerme de que esto estuviese fabricado ya entonces.

—No, falta la última explicación. Me acompañaba un hombre, un alto jerarca del partido, un hombre que llevaba consigo algo importante, algo que ustedes, los americanos, los franceses, los rusos han buscado con mucho ahínco. El tesoro de Hitler. Lingotes de oro. Estaban aquí, doctor Renard. Mi amigo, el jerarca, murió unos meses después de nuestra llegada. En realidad fue el miedo lo que acabó con él, miedo a que fuésemos descubiertos, pero no ocurrió nada de eso. Lo demás resultó fácil. Llegó un momento en que yo pude salir de mi guarida y aprovechar el oro que mi Führer me había dejado. Quise invertirlo en su nombre, en una empresa que mereciese la pena. Lo fui planeando todo poco a poco... No quiero aburrirle más, lo otro ya se lo puede imaginar, mis afanes, mis trabajos, de qué forma conseguí poco a poco los hombres adictos que hoy me siguen... Mi fracaso en la consecución del gas...

De pronto, Renard sacó algo del interior de la bata.

—¿Qué es eso? —inquirió Schroeder dando un respingo.

—Una granada de mano.

—Deténgase, doctor Renard.

Éste sonrió con los dientes apretados.

—Usted, está tan loco como su Führer.

—Guarde otra vez esa bomba; no se le ocurra tirarla.

—Arrojaré esta bomba contra el reactor y eso será suficiente para que todo su tinglado salte por los aires.

—No lo hará. No puede hacerlo porque morirá también su hija.

—Mi hija está lejos de aquí.

—Su hija está aquí desde hace más de una semana.

—Le digo que miente.

—La va a ver enseguida —se acercó a la pared—. Quédese quieto, profesor. Sólo deseo que vea a su hija.

Frank dio la vuelta a una llave que había en la pared. Sobre el mismo muro, sobresalía una pantalla de televisión. Se produjo un ligero zumbido y, tras unos segundos, apareció en la pantalla la

imagen de un hombre provisto de unos auriculares.

—Fritz —dijo Schroeder mirando a la pantalla—. Quiero que el profesor Renard vea a su hija. Transmite la imagen inmediatamente.

El hombre que estaba en la pantalla contestó:

—Sí, profesor, enseguida.

Desapareció la imagen del hombre de los auriculares y, unos segundos después, Renard vio en ella a su hija.

—¡Denise! —exclamó el doctor.

Uno de sus ayudantes llegó por detrás y le atrapó por los brazos.

Schroeder le quitó la granada. Había sido un trabajo fácil para ambos. Un chiquillo podría haber desarmado al doctor Renard porque quedó aturdido al ver a Denise en la pantalla.

—Es usted un estúpido —exclamó Schroeder rabioso—. No sé cómo me contengo.

Debía arrancarle la piel a tiras.

—Señor Schroeder, dígame que me engaña, diga que esa imagen de la pantalla es una película que tomó a mi hija, que ella no está aquí.

—Está aquí. No tengo por qué engañarle.

—¿Por qué la secuestro?

—¿Y usted me lo pregunta? —sonrió Schroeder—. Hace un rato intentó sabotear el experimento marcando una temperatura inadecuada. Luego sacó una bomba... Habría hecho cualquier cosa por impedir que yo tuviese el gas 235.

—He sido un estúpido. Debí arrojar esa bomba.

—Es usted un ser humano después de todo, y tuvo miedo de morir.

Renard se mordió el labio inferior.

—Está bien, Schroeder, usted gana, trabajaré sin hacer ningún sabotaje, pero con una sola condición: deje libre a Denise.

—Es usted un ingenuo, doctor Renard. Denise se va a quedar aquí hasta que usted me haya dado el gas 235. Todo el que necesito, ¿lo oye? Cuando mis depósitos estén llenos, volveremos a hablar de usted y de su hermosa Denise.

CAPÍTULO XII

Solange estaba destrozada, tendida boca abajo en la cama.

Se había arañado la cara, el cuello, debido a las largas horas que llevaba encerrada sin la droga.

De pronto oyó una voz que venía del rincón:

—¿Cómo estás, querida?

Se incorporó poco a poco y vio en una pantalla la imagen de Frank von Schroeder.

—Frank, ¿por qué no has traído la droga? ¿Por qué? ¡La quiero! ¡La necesito!

—Querida, he preparado algo mejor para ti.

—¿A qué te refieres?

—Vas a servir para la Ciencia... El doctor Renard ha conseguido la primera muestra de gas. Debo experimentarlo con un ser humano y tú eres la elegida.

—¡No, Frank!

—Querida, quedarás reducida al tamaño de un palmo... ¿Te das cuenta? Automáticamente, la dosis de droga que necesites será más pequeña, el profesor rió estremeciendo los hombros. —Eso será un ahorro para mí y para ti. Podrás estar permanentemente en tu paraíso artificial.

—¡No quiero ser tu conejillo de indias, Frank!

—Quedarás muy mona.

—Tienes a otra mujer, a Denise.

—He cambiado de opinión.

—Sabía que lo harías. Es ella la que te gusta ahora, ¿verdad?

—Sí, querida... Ella te ha sustituido en mi corazón.

—¡Miserable! ¡Canalla! ¡No puedes hacer eso conmigo!

—Debes estar preparada. Dentro de unos minutos llegarán ahí

los hombres para trasladarte al laboratorio. Será mejor que te calmes.

—No, Frank... ¡Espera!

Pero la imagen de Schroeder ya había desaparecido de la pantalla.

Solange hundió la cara en el almohadón sollozando convulsivamente.

No, ella no podía consentir eso; que Frank le diese aquel destino, que la convirtiese en un pigmeo.

Sólo había una salvación para ella. Escapar.

Ya conseguiría la droga en alguna parte. Ella era bella, hermosa. Encontraría un hombre que le pagase su vicio. Sería fácil, muy fácil. ¿Cómo no lo había pensado antes, cuando llegó a la conclusión de que Frank era un hombre con un cerebro anormal? Pero todavía no era demasiado tarde. Ahora debía aceptar el consejo de Schroeder, serenarse un poco para que su plan de huida tuviese éxito.

Al cabo de un rato, oyó ruido en la puerta y se inmovilizó boca abajo, en la cama.

La puerta se abrió y oyó la voz de un hombre:

—Esa mujer está destrozada, Wilhem.

—Así será más fácil transportarla. Yo la cojo de las piernas y tú de los brazos.

—De acuerdo.

Los dos hombres llegaron junto a Solange y le dieron la vuelta.

—Esta fulana no guardaba últimamente la línea, Wilhem. Pesa demasiado.

Solange entornó un ojo. Por el hueco de la puerta vio una camilla.

Uno de los enfermeros tenía una pistola que le pendía del cinturón.

Levantó la mano y le arrebató el arma.

—¡Quieto los dos!

Luego, ella misma puso los pies en el suelo, aprovechando que los dos hombres se quedaron perplejos.

—Eh, chica, que se puede disparar.

—Se disparará si yo quiero. Conque apriete el gatillo bastará.

—Solange —dijo el llamado Wilhem, un tipo casi calvo—. El profesor Schroeder se enfadará mucho si se entera de lo que estás

haciendo.

—Eso me importa un rábano. Me vais a preceder por el camino, hacia la salida.

—¿Te has vuelto loca? Nadie puede escapar de aquí.

—Estúpido, conozco bien este refugio. Hay una salida y es allí donde nos vamos a dirigir.

Yo os indicaré el camino. El que intente algo, juro que no lo cuenta.

Wilhem y su compañero dieron la conformidad.

Dejaron atrás corredores, bajaron por escaleras y finalmente recorrieron un pasadizo.

Llegaron ante una puerta.

—¿Adónde da esto? —preguntó Wilhem.

—Al bosque. Gracias por haberme acompañado. Ya tío os necesito.

—¿Qué vas a hacer? —dijo Wilhem.

Lo supo enseguida. Solange se puso a apretar el gatillo.

Wilhem recibió dos balas y su compañero otras dos.

Se doblaron lanzando aullidos de dolor y quedaron inmóviles en el suelo.

Solange soltó una carcajada, abrió la puerta y echó a correr en la oscuridad de la noche, hacia el bosque.

* * *

El profesor Frank von Schroeder entró en la habitación donde estaba encerrada Denise. —Profesor— dijo la joven. —Hace muchos días, cuando llegué aquí, le pedí que me dejara ver a mi padre...

—¿Qué estaría dispuesta a darme para verlo, Denise?

—Nada.

—Nada es una palabra desconsoladora. En todo negocio, hay que, ofrecer algo a cambio.

—¿Llama negocio al deseo de reunirme con mi padre? —Sí, puesto que usted no es una mujer libre, sino mi prisionera.

La joven no dijo nada y Frank dio unos pasos hacia ella.

—Sólo le pido que sea un poco cariñosa conmigo, Denise.

—No piense que voy a hacer tal cosa.

—¿Por qué no ha de serlo? ¿No me encuentra atractivo? Cuando

cambié mi físico, tuve en cuenta los gustos femeninos.

—¿Cuando cambió el físico? ¿Qué quiere decir con eso?

—Ya lo sabrá en el momento oportuno.

Se encendió una bombilla roja sobre la puerta.

—¿Qué es eso? —inquirió Denise.

—Emergencia.

Schroeder sacó un micro del bolsillo del que colgaba un cable.

—¿Qué ocurre?

Llegó la respuesta por un altavoz de la pared:

—Solange ha desaparecido, profesor.

—No es posible, Karl.

—En su habitación no hay nadie.

—¿Y Wilhem y Graff?

—Han desaparecido también. Ha sido encontrada la camilla al lado de la habitación.

Está vacía.

—Os voy a dar una orden. Encontradla. ¡Y la quiero viva!

—En este momento hay diez hombres haciéndolo.

—Pon veinte.

—Sí, profesor.

La imagen de la pantalla desapareció.

Schroeder se echó a reír mientras guardaba el micrófono en el bolsillo.

—Esa estúpida ha pensado que puede escapar de este refugio. Nadie podría lograrlo.

—Si esa mujer huía de usted, habrá sido porque la había destinado a la muerte.

—Todavía no. Sólo quería que su padre experimentase el gas con ella.

—Mi padre no realizará tal cosa.

—Lo hará porque yo le obligaré.

—Usted no puede obligar a mi padre a que cometa una monstruosidad.

—El doctor Renard ha sido el descubridor del gas 235 y no yo. Su padre ha sido quien lo ha aislado, y también lo experimentó en seres vivos.

—En cobayas.

—¿Qué diferencia hay entre los ratones y los hombres?

—¿Cómo se atreve a decir eso? Hay mucha.

—Para un auténtico hombre de ciencia no existe ninguna.

—Habla como una persona que ha perdido el juicio, profesor Schroeder.

—Quiero que tú y yo estemos de acuerdo, Denise. Es preferible que seas tú la que voluntariamente opine como yo, porque sería muy lamentable para mí lograrlo de otra forma.

—Ya entiendo. Lo lograría con sus drogas, con sus inventos, anulando mi mente...

—Es ventajoso eso de enamorarse de la hija de un sabio.

—Usted no está enamorado de mí.

—Sí, Denise, lo estoy. Y he pensado que podremos hacer grandes cosas.

Se echó sobre la joven para abrazarla. Ella se puso las manos en el pecho y lo empujó.

Schroeder perdió el equilibrio y cayó golpeándose la cabeza sobre la pared.

Su careta se desprendió.

Denise abrió los ojos aterrorizada viendo la horrible faz de Frank von Schroeder.

Dio un chillido retrocediendo.

Schroeder se había quedado inmóvil.

Apartó de un manotazo la careta y se levantó furioso.

—Dijiste antes que no me querías. ¿Me prefieres así, querida?

—Márchese, por favor... Márchese... Lo odio, lo aborrezco... No me engañé cuando le dije que era usted un monstruo.

Los ojos de Schroeder estaban inyectados en sangre. Respiraba entrecortadamente.

—¿Sabes una cosa, Denise? Nunca he podido soportar a las personas que me desprecian. Tú acabas de elegir tu destino. Solange iba a ser sometida al experimento de tu padre, pero ahora tú la sustituirás.

—No me importa lo que haga conmigo. Prefiero mil veces la muerte antes de aceptar ese otro destino que usted me tenía reservado, profesor Schroeder.

Frank rió por la horrible raja que utilizaba como boca.

—Tú no morirás, querida, te lo aseguro. Serás una preciosa muñeca que yo tendré en una jaula, igual que otras personas tienen

a los pájaros.

* * *

—¿Está preparado, doctor Renard? —preguntó el profesor Schroeder.

—Sí, pero insisto en que debemos hacer este experimento con animales.

—Lo va a hacer con una mujer, ya lo sabe. Con Solange. Ella me traicionó.

—Me niego a hacer eso.

—Si no me obedece, sustituiré a Solange por su hija Denise.

Renard cerró los puños haciendo esfuerzos por contener la ira que invadía su pecho.

—Está bien, profesor, esto es un acto repugnante que me obliga a realizar. No es usted un hombre de ciencia. Es el criminal más grande de la creación.

—Desahóguese, doctor. Empezaremos dentro de dos minutos.

Schroeder rió para sí porque en la cámara donde iba a ser inyectado el gas no se encontraba Solange, sino Denise.

Sus hombres habían sujetado a la joven a una mesa mediante correas y le pusieron una inyección para dormirla. Finalmente, le cubrieron la cabeza con una capucha.

El profesor Renard se acercó a la ventanilla a través de cuyo cristal se veía el interior de la cámara. Vio la mujer que estaba tendida en la mesa.

—Abra la cámara, profesor Schroeder. Quiero ver a la paciente.

—No hace falta que lo haga, doctor Renard. Está ya anestesiada.

—Tengo que hacerle un examen.

—¿Para qué?

—Oiga, soy yo el que hace el experimento, profesor Schroeder. Quiero poner en condiciones al paciente para que pueda resistir el gas 235. No basta con la anestesia. He de inyectarla.

—¿Qué clase de inyección?

—Lo sabrá enseguida.

—Está bien.

Schroeder abrió la puerta de acero y ambos entraron en la cámara.

Bajo la mirada de Schroeder, Renard tomó el pulso de la joven, cuya cabeza estaba cubierta con la capucha.

—Traiga la mesa rodante, profesor Schroeder.

—¿Cree que soy un criado suyo, doctor? —Frank chascó los dedos hacia los dos ayudantes—. Empujad esa mesa.

De pronto, el doctor Renard atrapó la capucha y tiró de ella.

—¡Denise! ¡Maldito! Quería que hiciese esto con mi hija.

Saltó sobre Schroeder.

Los dos redaron por el suelo.

El profesor Schroeder sacó la mano del bolsillo y hundió una hoja de brillante acero en el vientre del doctor Renard, el cual dio una vuelta y quedó boca arriba.

Schroeder se levantó.

—Estúpido, ya no lo necesito, ¿lo oye? He seguido sus experimentos punto por punto. He escrito todo lo que usted ha hecho y comprendí mis fallos. El gas 235 ya está en mi cabeza.

—Miserable, canalla... Por el bien de la humanidad, espero que usted reciba su castigo —dijo Renard, y expiró.

De pronto, llegó una voz procedente del hueco.

—Celebro conocerle, doctor Schroeder.

Frank y sus ayudantes giraron bruscamente.

Schroeder vio a Solange en compañía de un hombre joven, con cara de facciones varoniles.

Solange dijo, con los dientes apretados:

—Doctor Schroeder, te presento al agente del Deuxième Bureau, Raymond Duc.

—¡Traidora!

—No creas que fui yo a buscarlo. Lo encontré en el camino. Había hallado tu pista. Lo acertaste medias. No fue Arnoldo Longaroni quien le indicó el camino de Krumbach, sino su hermano Gino.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

—Muy sencillo, utilizando el pasadizo secreto que yo tuve mucho interés en conocer.

Soy una mujer previsora y pensé que algún día podría necesitarlo.

Solange, que se había mantenido en pie llevada por su deseo de venganza, se apretó el estómago.

—¿Dónde está la droga? Tienes que dármela... ¿Dónde está?

Echó a correr.

El doctor se abalanzó sobre el cuadro de mandos que estaba a la derecha.

Raymond disparó sin pestañear.

Frank recibió un impacto en el costado y el otro en la espalda. Golpeó contra el cuadro de mandos y sus piernas se doblaron. Alargó la mano hacia una de las llaves.

—¡Todos moriremos! ¡Todos!

Duc apretó otra vez el gatillo.

—No, profesor Schroeder, sólo usted morirá. Y para que pueda hacerlo tranquilo, debo decirle que mis compañeros están tomando posesión de su refugio.

A Schroeder le fallaron las fuerzas y cayó en el suelo. Su máscara se desprendió nuevamente, dejando visible su rostro desfigurado.

* * *

—Aquí está el informe del laboratorio —habló el viejo—. Ese gas no servía para nada. ¿Qué le parece? A pesar de las precauciones de Schroeder, el doctor Renard sabotó la consecución de su arma química. Pero Denise habría muerto. El gas sólo tenía una cualidad: que era venenoso.

—¿Entonces, el 235...?

—Me temo que pasarán muchos años antes de que otro sabio pueda lograrlo. Y le aseguro una cosa: pido al Cielo que a ninguno de ellos le sonría el éxito como al doctor Renard.

—Es un buen deseo que yo comparto, jefe.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció Monique. Estaba turbadora con un vestido de noche que dejaba mucha piel al descubierto.

—Eh, ¿adónde va, señorita Duval? —Gruñó el viejo.

—Con su permiso, jefe, le voy a quitar de en medio a uno de sus colaboradores.

Duc se rascó detrás de una oreja.

—¡Váyanse los dos al diablo! Pero oigan bien esto: nada de romances entre ustedes. Son compañeros de trabajo y en el

Deuxième Bureau no hay tiempo para el amor.

Monique levantó la mano como si fuese a jurar ante un tribunal, y dijo:

—Se lo devolveré entero, jefe.

La joven salió de la habitación y Raymond echó a andar tras ella.

—Raymond...

—¿Sí, jefe?

—Haga su promesa también.

—¿Cómo?

—¡Su promesa de que también la devolverá entera!

—Juro —contestó Raymond, y tras dirigir un guiño y una sonrisa al viejo, salió de la habitación.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).